LA FARSA



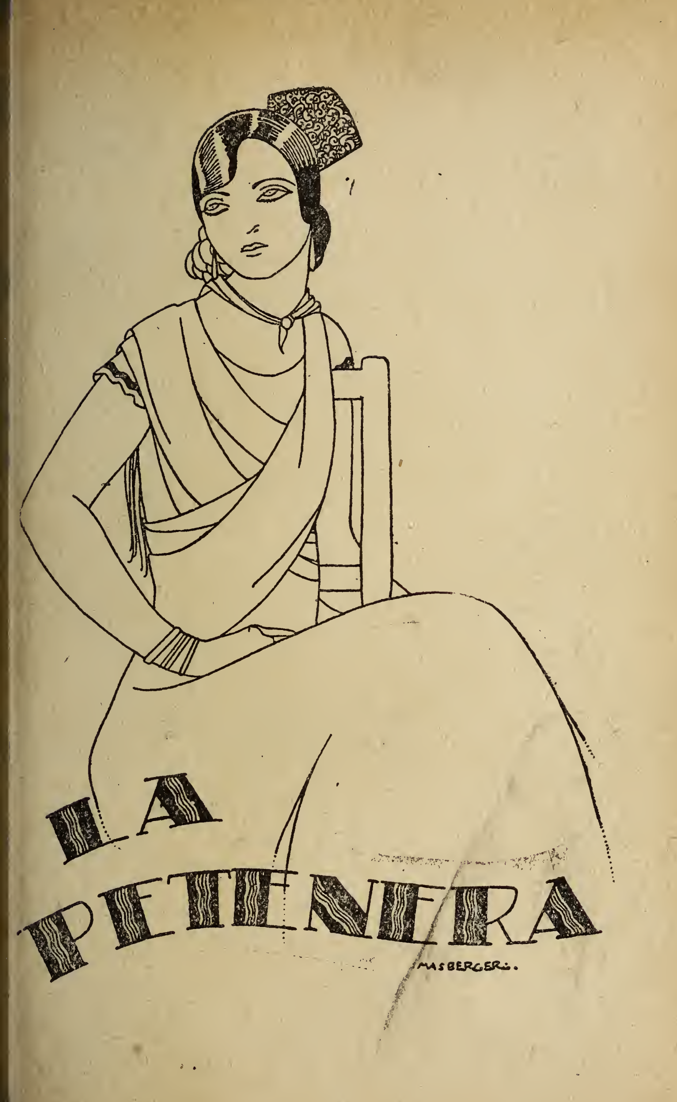
FRANCISCO SERRANO ANGUITA
Y
MANUEL DE GÓNGORA

LA PETENERA

ema dramático en tres actos.

9

CÉNTIMOS

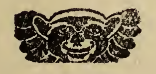

LA
PETENERA
MASBERGER.

FRANCISCO SERRANO ANGUITA
Y MANUEL DE GONGORA

LA PETENERA

POEMA DRAMÁTICO EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro de la Princesa, de Madrid,
el día 14 de marzo de 1927.



LA FARSA

ÑO II ❀ 24 DE MARZO DE 1928 ❀ NUM. 29

MADRID

DEDICATORIA

A María Palou, *la Petenera*.

Homenaje de admiración de

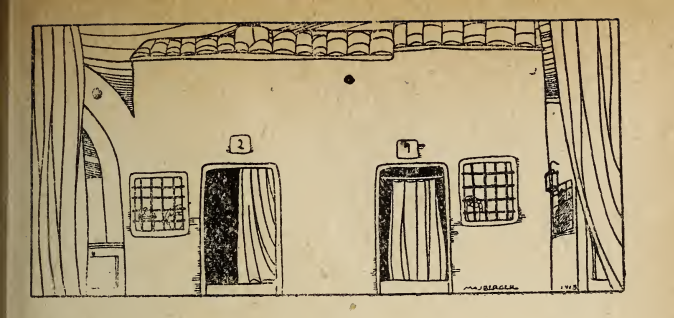
Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Dolores «La Petenera»......	María PALOU.
Carmela....................	María Isabel Pallarés.
Angeles....................	Asunción Mateos.
Saluíta....................	Soledad Domínguez.
Concha.....................	Auguria Martín.
Pepa.......................	Carmen Othon.
Trini......................	Yone Mignoni.
Manuel.....................	Vicente Soler.
Paco.......................	Teófilo Palou.
Miguel Cruz................	Angel Béjar.
Joseíto....................	Maximino Fernández.
Juan Arjona................	Santiago García.
Castaño....................	José María Lado.
Cabrera....................	Carlos Dulac.
Antonio «El Tapitas».......	Carlos Dulac.
Parrita....................	Eduardo Moreno.
Jaramago...................	Rogelio Delgrás.

La acción del primer acto en un pueblo de la provincia de Sevilla. La del segundo en un «colmado» madrileño. La del tercero en Sevilla.

Decorado de Fernando Mignoni.



ACTO PRIMERO

Una casa de corral, en un pueblecito cercano a Sevilla. El foro lo ocupa el cuerpo de la casa, que es de una sola planta y tiene dos puertas de cuarterones, no muy grandes. La puerta de la izquierda lleva el número 1, y la de la derecha, el número 2. A ambos lados de cada puerta, ventanas con rejas, llenas de macetas floridas. Techumbre de tejas, y cielo azul. En el ángulo derecho forma el foro una ochava, con arco de medio punto, que da entrada a otro corralito, en el que hay más viviendas de vecinos. Junto a ese arco crece una parra, cuyas ramas se encaraman por la blanca pared, poniendo en ella la verde nota de sus pámpanos. El lateral derecha es un muro bajo, con bardal de hiedra y campanillas. Al lateral izquierda, puerta de entrada al corral, grande, de dos hojas y adornada con anchos clavos negros. Junto a esta puerta, en la pared, un cuadro de azulejos sevillanos con la imagen de la Divina Pastora, y ante él, un farolillo, que se encenderá a su tiempo. En el centro del corral hay un arriate de flores y plantas—clavellinas, celindas, geranios, alhelíes y colocadias—y bastantes macetas. Es en el mes de mayo, y la tarde va declinando.

(Cuando se levanta el telón, están en escena PEPA, TRINI, CONCHA y MIGUEL CRUZ. *Pepa* y *Trini,* dos lindas mocitas, vestidas con sus trajes domingueros, cortan flores del arriate y de las macetas. *Concha,* mujer del pueblo, de alguna edad, está sentada en una silla baja, junto al arco que da entrada al corralillo interior, y adorna con encajes una amplia y blanca colcha. Y *Miguel Cruz,* viejo talabartero socarrón y de buen humor, se halla a la puerta de su vivienda, la señalada con el número 1, dándole los últimos toques a unos magníficos arreos de caballo, a la andaluza, con borlones y madroños.)

TRINI. *(A Pepa, que corta las flores y va entregándoselas.)*

Vamos a hasé dos ramos
con las mosquetas,
y a cogé las selindas
de las masetas.
Oye, mujé;
córtame ese geranio
y ese clavé.

PEPA. Espera una chispita.

TRINI. ¡Si es que es mú tarde
y nos aguarda er cura!...

PEPA. ¡Que nos aguarde!
¡No puedo má!
¡Hasen farta dies manos
para cortá!

(Las dos mocitas, entre risas y regaños, siguen saqueando el arriate y las macetas, y se enredan luego a arrancar las campanillas que adornan el muro de la derecha. Miguel Cruz, suspendiendo su trabajo, contempla el destrozo que hacen las muchachas.)

MIGUEL. ¡Bien lusirán las andas
de la Pastora!
¡Ya pué está satisfecha
Nuestra Señora!
¡Várgame Dió!...
¡Se queará patiniyo
sin una fló!

CONCHA. *(A Miguel Cruz, sin dejar su labor.)*
¿Qué está osté criticando?

MIGUEL. Ná, señá Concha.

CONCHA. Es que osté, si critica,
levanta roncha.

MIGUEL. ¡Pobre de mí!...
¡Si no hay otro en er pueblo
más infelí!

CONCHA. *(Luego de una pausa, y dando un chillido.)*
¡Niñaaa!

MIGUEL. *(Sobresaltado.)*
¿Qué es lo que pasa?

CONCHA. *(A Miguel.)*
Mi Carmeliya,
que debe está durmiendo...

(Gritando de nuevo.)
¿Vienes, chiquiya?...

MIGUEL. ¡Déjela osté!

CONCHA. Migué Crú, que aún nos queda
mucho que hasé...

(Por la derecha llega CARMELA. *Diez y ocho años, y andaluza; no hay que decir más. Viene con ropas de gala, y trae dos floreros de cristal o loza.)*

CARMELA. *(Al salir.)*
Aquí estoy, mare. ¡Josú,
qué baruyos arma usté!
(A Miguel.)
Güenas tardes, Migué Crú.
(A Pepa y a Trini.)
Hola, niñas.
(A Concha.)
¿Qué hay que hasé?

CONCHA. Eso digo; ¿qué hases tú?

CARMELA. Limpiá.

CONCHA. Y arreglarte, ar paso.

CARMELA. No es ningún pecao mortá.

CONCHA. Y yo, sin hasé tu caso,
dándote ca bosinaso
que me iba a desgañitá.

CARMELA. Bien, mare.
(A Pepa y a Trini, dándoles los floreros que trae.)
Niñas, tené
para que pongáis las flores.
(Contemplando los ramos que hicieron las muchachas.)
¡Son presiosas! ¡Hay que vé
qué frescura de colores
y qué manera de olé!
(Sigue hablando con ellas.)

CONCHA. *(A Miguel Cruz, por Carmela.)*
¿Osté ve qué atolondrá?...

MIGUEL. Déjela, Concha, volá...

CONCHA. ¡Si está loca, Migué Crú!

MIGUEL. Locura de juventú,
que ya se le pasará.
Osté fué también, vesina,
joven, guapa y parlanchina.

CONCHA. *(Burlona.)*
¿Qué sabe er viejo camama?

MIGUEL. *(Risueño.)*
Ar rosá se le adivina
por las rosas de la rama.

CARMELA. *(Dispuesta a irse con Pepa y Trini, y despidiéndose de Concha.)*
Adió, mare.

CONCHA. ¿Aonde se va?

CARMELA. A la iglesia.

CONCHA. Ven aquí,
que antes me vas a sacá
la luna que tiés corgá
en tu cuarto de dormí.

CARMELA. *(Disgustada.)*
¿Y pa qué?...

CONCHA. *(Reprendiéndola.)*
¡Tráela al istante!

PEPA. *(Que, con Trini, está en la puerta de la izquierda, aguardando a Carmela.)*
Nosotras vamos pa alante.
(Se van las dos muchachas, llevándose los floreros y los ramos.)

CARMELA. *(A su madre, entre risueña y enojada.)*
¡Huy, qué genio, maresita!...
Usté, que ha sío tan bonita,
¿por qué tié tan mal aguante?
(Se va por la derecha, y Concha dice a Miguel.)

CONCHA. ¡Loca va! ¡Sin ataero!...

MIGUEL. ¡Es naturá!...

CONCHA. ¡Pos no quiero!

MIGUEL. ¿Y a qué viene ese estayío?

CONCHA. Porque su novio es minero,
y anda en la mina metío,
y no está bien ese goso
si de verdá lo camela.

MIGUEL. Caye, que pué que en er poso
esté er minero orguyoso
trabajando pa Carmela.

(Vuelve, por la derecha, CARMELA, *con un espejo de regular tamaño, que entrega a su madre.)*

CARMELA. Aquí tié usté ya el espejo.
Y ahora, me voy.

CONCHA. Si te dejo.

CARMELA. ¿Toavía no?...

MIGUEL. *(A Concha.)*

¡Vamos, mujé,
no arrugue osté el entresejo!
(A Carmela.)
¡Anda, niña, echa a corré!

CONCHA. *(Que, terminada su labor, ha doblado la colcha, la ha cogido, juntamente con el espejo, y se ha puesto en pie.)*
Voy a acompañarla.

MIGUEL. *(Con zumba.)*

¡Adió!...

CONCHA. ¿No ve osté que me pidió
la luna doña Enriqueta
pa ponerla en la carreta?
¡Pos la yevamos las dó!
(A Carmela.)
Vamos ayá...

CARMELA. *(Fastidiada.)*

¡Vamos, sí!...

MIGUEL. *(Haciéndose cargo.)*
¡Por vía der Santo Nombre!...

CONCHA. *(A Carmela.)*
¿Ibas a dármela a mí?...

CARMELA. *(Estallando.)*
¡Mare, si fuese usté hombre,
era usté... ¡¡guardia siví!!
(Se marchan, por la izquierda, madre e hija. Concha lleva la colcha y el espejo. Miguel Cruz las ve irse, y comenta, con socarronería:)

MIGUEL. Se va que parese
que es un huracán...
¡Las mares no saben, a veses,
las gromas que dán!
(Pausa, y como hablando consigo mismo.)
¡En fin, a lo tuyo,
Miguelito Crú!
¡Por na cambiarás el orguyo
que tengas hoy tú!
(Contemplando los arreos, que ya ha terminado.)
¡Vaya un correaje!
¡Vaya guarnisión!
¡No habrá más bonito atalaje
en la prosesión!

¡Que triunfe mi moso!
¡Presuma er sagá...
que ar pare le quea este goso
de verlo triunfá!

(Por la izquierda entra JUAN ARJONA, *hombre sesentón, que viste al modo de los marchantes acomodados de Andalucía. Se detiene en la puerta, se abanica con el ancho sombrero, y dice:)*

JUAN. ¡Migué!...
MIGUEL. ¡Hola, Juan!
JUAN. *(Avanzando.)* ¡Por vía
y qué caló!
MIGUEL. ¡Ya se ve!
¿Qué es lo que tiene de hasé
por mayo en Andalusía?

(Pausa breve, durante la cual Juan se sienta en el poyete de una de las ventanas del foro, se enjuga el sudor y empieza a liar un cigarro, no sin ofrecer la petaca a Miguel.)

¿Y esos negosios?
JUAN. ¡Andando!
MIGUEL. ¿Pa bien?
JUAN. ¡No me pueo quejá!
MIGUEL. ¿Güen año?...
JUAN. Trigo... ¡a sobrá!
MIGUEL. ¿Tratos en firme?
JUAN. ¡Y jugando!
MIGUEL. ¡Trabajá!... ¡Esa es la fija!
JUAN. ¡Darle a la vía carena!
Hoy aquí, luego en Marchena,
o en Ecija, o en Lebrija,
o en los Puertos, o en Lusena,
la custión es trajiná
aseite, trigo o ganao,
y que sargas, ar finá,
sien veses aventajao
y cuatro veses en pa.
MIGUEL. Yo me alegro que así sea.
JUAN. Y yo la ocasión bendigo
en que me tomó la idea
de hasé en tu pueblo este trigo,
pa trompesarme contigo
en tu mesmita verea.

(Dando una larga fumada.)
¡Cuántos años, Migué Crú!...

MIGUEL. ¡Juan Arjona, cuántos años!...

JUAN. ¡Se nos fué la juventú!

MIGUEL. ¡Pero con grasia y salú,
porque no fuimos tacaños
pa derrochá su virtú!
(Otra pausa.)

JUAN. ¿Me das agua?

MIGUEL. *(Asombrado.)*
¿Y tiés való?...
¡El agua... pa las pesera!...
¡Tengo una clase e solera
como pa beberla Dió!
Dies años... Güena maéra...
¡Vaya emboque y vaya oló!

JUAN. ¿Jeresana?

MIGUEL. ¡Morilera!
¿Quiés probarla?

JUAN. ¿Cómo no?

MIGUEL. *(Llamando desde la puerta número 1 del foro.)*
¡Angeles!...

ANGELES. *(Dentro.)*
¡Voy!...

JUAN. *(Pesaroso.)* ¿Pero va
a molestarse por mí?
¡Si lo sé no digo na!

MIGUEL. Siempre es un gusto serví
a gente de caliá
como tú... Ya viene aquí.

(Por la puerta número 1 del foro sale ANGELES, *mujer del pueblo, ya de edad, pero fresca y limpia como la plata.)*

ANGELES. ¡Salú!

JUAN. *(Saludándola.)*
La que vende osté.

MIGUEL. *(Tocando la barbilla a Angeles.)*
¡Y óle de la nevería
mi mujé!... ¡Vaya mujé!...

ANGELES. *(Esquivándole, pero complacida.)*
¡Esta «finústico» er día!
¿Y qué es lo que se ofresía?...

MIGUEL. Que nos traigas de bebé
de ese oro que guardo yo
pa er día que estoy a gusto.

ANGELES. ¿Y cuándo estás a disgusto?
MIGUEL. Cuando me dises que no.
¡Siempre me pongo en lo justo!
ANGELES. *(Iniciando el mutis.)*
Si es tu gusto...
MIGUEL. *(Jaleándola.)*
¡Viva er só!...
Anda, mujé...
ANGELES. Voy ayá.
(Se mete en la casa.)
MIGUEL. Y mejó si vas de prisa,
que ha empesaíto la misa
y es la hora de consagrá.
(A Juan, después de una pausa.)
JUAN. Sigues con er mesmo humó...
MIGUEL. En viviendo como yo
tiene güen humó cuarquiera.
Salú, pasá, compañera
de las que ya no hase Dió,
un hijo como no hay dó,
y unas cañas de solera
que es un viniyo e tronío...
ANGELES. *(Saliendo, con dos cañas de vino en un cañero.)*
¡Er vino!
JUAN. *(Disponiéndose a coger una caña.)*
Vamos a vé...
MIGUEL. *(Conteniéndole.)*
¡No bebas tan de seguío!
(Quitándole el sombrero.)
Primero, descúbrete;
huele...
(Le da a oler el vino.)
JUAN. ¿Estamos ya?
MIGUEL. ¡Al avío!
Ahora, te lo pués bebé.
JUAN. *(Después de paladear el vino.)*
¡Sí que es un vino cabá!
MIGUEL. *(Bebiendo también, y con delectación de buen catador.)*
¡Meresía er lagarero
que lo trabajó, un artá!
¡Y óle!...
ANGELES. ¿Queréis argo má?
MIGUEL. Otra ronda, lo primero.
Dos cañas en un cañero

es poco cañaverá
pa dos güeno cabayero...
(Angeles vuelve a entrar en la casa, y, a poco, sale de nuevo con más vino. Durante el resto de la escena entra y sale alguna vez más, e interviene en la conversación cuando se indica.)

UAN. Oye, que no he preguntáo
por Manué...

IIGUEL. Rompiendo er día
salió, y no ha güerto toavía.
¡Lo trae más engargantao
la dichosa romería!...
¡Ni a armorsá se ha presentao!

UAN. *(Malicioso.)*
¡Mosto de un mesmo lagá!...

IIGUEL. ¡Que sale ar tronco la astiya!...
¿Y a quien me voy a quejá
de que la espiga, ar graná,
le de fama a la semiya?
Pa que er venda poderío
con sus sajones de cuero,
y su marseyé señío,
y aquer moreno curtío
bajo el ala der sombrero
sobre la seja caío,
flamenquiyo y pinturero,
su mesmo pare, que ha sío
er mejó talabartero
que Seviya ha conosío,
de mañanita temprano
hiso enganche, pa acabá
este arbardón jeresano
como pa una artesa reá.
(Mostrando los arreos que ha concluído.)

UAN. ¡Sí que es la prenda apañá!

IIGUEL. Vale mucho er parroquiano,
y me he tenío que esmerá
pa no deshonrá mi mano.

UAN. *(Examinando los arreos.)*
¡Vaya alhaja, compañero!

IIGUEL. *(Indicando las piezas según las pondera.)*
Güena piel, fustes de asero,
ajustá la muserola,
y flojito el ahogaero,
y bordao er sudaero,

y lasbrás la baticola,
las asiones y er mosquero.
Riendas cortas; saleíya
como una pluma ligera;
un diluvio de trensiya
de serda en la ramalera,
y un sinselao en ca hebiya,
y un primor en ca solera,
y ca charnela, y ca aniya
de la pulía estribera.
Espejuelos de metales;
correajes bordaos; orlas
entretejías de torsales,
¡y cuatro mil vendavales
de pespuntes, núos, borlas,
madroños, lasos y ojales!
Así es como he trabajao
ayá cuando Dió quería;
¡miá tú si me habré esmerao
pa que sea el arma mía,
dende er simiento ar tejao,
er moso mejó montao
que vaya a la romería!

JUAN. Pos la montura es fetén;
pero sin bestia adecuá
de poco le servirá...

MIGUEL. ¡Es que la jaca también
es prenda de caliá!
La empresta el aperaó
der cortijo de Santa Ana.
Una jaca cartujana...
lo que se dise una fló;
carsá, lusera alasana,
abierta, limpia... ¡un primó
de bonita y de gitana!

JUAN. ¡Sí que va ser er disloque!

MIGUEL. ¡Y sin pamema ni trampa!

JUAN. Solo farta que coloque
una mosita de estampa
en la grupa...

ANGELES. *(Que ha oído parte del diálogo.)*
¡Ese es er toque!

JUAN. ¡No irá a fartarle mujé!...

MIGUEL. Eso es lo que ésta quisiera...

JUAN. Entonses...

ANGELES. Es que esta ve

me temo que va a escogé
a la que menos debiera.

MIGUEL. ¿Por qué?

ANGELES. ¡Porque no encoyera,
pa mi gusto, con Manué
Dolores la Petenera!

JUAN. ¿Y quién es esa mosita?

ANGELES. ¡Cosas de éste!...

MIGUEL. Una infelí;
una muchacha bonita
que arrecogimos aquí
dende que era chiquetita.

JUAN. No me habías dicho...

MIGUEL. Verá,
y, aluego, tú me dirá
si estoy o no en mis cabales:
esa mujé desgrasiá
es la hija der capatá
der cortijo e Los Mimbrales.

JUAN. ¿La hasienda e los Romerales,
los de Carmona?

MIGUEL. ¡Cabá!
Su pobre mare murió
ar tiempo que eya nasía,
y el angelito cresió
con esa espina e doló
con que cresen en la vía
los que pierden la caló
que sólo guarda ensendía
la que su sangre nos dió;
pero er tiempo la espigó
con tan güena bisarría
y tantísimo primó,
que fué mujé de seguía.
Trese añitos—desisiete
aparentaba tené
dende la planta der pie
hasta la fló der roete,
de hermosura y de podé—,
cuando un majo de tronío,
de aqueyos que son capases
de cuarsiquié desavío,
quiso probá los agrases
de aquer rasimo ensendío.

JUAN. ¿Y consiguió?...

MIGUEL. ¡Na de na!

La mosita, alusiná,
—¡de barro nos hiso Dió!—,
iba a caé... No cayó
porque ar pobre capatá
arguien er soplo le dió
de to lo que iba a pasá,
¡y una onsa e plomo metió
en los sesos ar gachó
que le quería robá
er pichonsito mejó
que había en su palomá!

ANGELES. En presiyo lo metieron,
y ayí arremató un mar día.

JUAN. ¿Y cómo no lo arsorvieron?
¡Esa muerte es permitía!

MIGUEL. Er muerto amigos tenía
de valer... ¡y lo perdieron!
¡Las justisias e la vía!

ANGELES. Preso er pobre se murió...

MIGUEL. ¡Pa que su hijita pudiera
mirá cara a cara ar só!
Dime ahora qué iba a hasé yo,
siendo su amigo, como era,
y si quedé bien o no
trayéndola a nuestra vera,
pa que tuviese caló
Dolores la Petenera.

JUAN. ¡Mal la mosita ha empesao!

MIGUEL. ¡Eso le trajo la suerte!;
er presiyo por un lao,
y, por el otro, la muerte.

JUAN. ¡Vaya un sino condenao!...
(Luego de una pausa.)
¿Eya es güena?

MIGUEL. ¡Di que sí!

ANGELES. ¡Cuarquiera lo pué desí!
Se aflige... y echa a cantá;
yorando, rompe a reí,
y, cuando serena está,
se nos pone a mardesí
que no la consuela na.

MIGUEL. ¡Tos tenemos nuestra vena!

JUAN. ¿Guapa?

MIGUEL. ¡Iguá que er só!

JUAN. ¿Morena?...

MIGUEL. De un moreno entremesclao,

como nardo y asusena.

ANGELES. ¡Bien que la has aponderao!

MIGUEL. Tomiyo más oloroso
no crese en los tomiyares;
en su garbo y sus andares
hay... no sé qué, tan airoso
que va quitando pesares,
y bajo la frente clara,
que le da envidia a la aurora,
dos ojos de emperaora
que le piyan toa la cara.

ANGELES. *(Soliviantada.)*
¡Eso me da la rasón!
Que una mujé... tan mujé,
es demasiá tentasión
pa quien yeva un corasón
tan de hombre como Manué.

MIGUEL. *(A Juan.)*
Siempre los dos se han mirao
con un aquer de cariño...

ANGELES. Pero yo siempre he soñao
argo mejó pa mi niño,
y Dolores es bocao
que tié mu poquito aliño
pa un moso tan bien plantao.

JUAN. Tampoco es cosa, a mi ve,
de armá tanta argarabía
por lo que pué susedé...
y no susedió toavía.
Con que vámonos, Migué,
que en casa der Montañé
tiene fama la bebía,
y yo tu ronda asepté,
y ahora nos farta la mía.

MIGUEL. Pos aguarda.

JUAN. Vé ligero.

MIGUEL. Na má cogé mi sombrero.
(Entra en su vivienda.)

JUAN. *(Despidiéndose de Angeles.)*
Adiós, Angeles.

ANGELES. Con Dió...
Y hagan ustés er favó
de no abusá der cañero,
porque aquí, er talabartero,
presume de bebedó...

y er se divierte primero
y despué lo pago yo.

(Juan, que está ya en la puerta de la izquierda esperando a Miguel, saluda desde allí a alguien que se supone pasa por la calle.)

JUAN. ¡A las güenas, generá!
(A Miguel, que ha vuelto a salir, ya con la chaqueta y el sombrero puestos.)
Fíjate er tersio montao...
¡No anda marchoso ni na!

MIGUEL. *(Desde la puerta, al que va por la calle.)*
¿Qué preso se le ha escapao
que tan ar galope va?

(Por la izquierda llega CASTAÑO, *sargento de la Guardia Civil, que viene vestido de uniforme. Es hombre ya maduro y simpático. No es andaluz.)*

CASTAÑO. Salud.
JUAN. ¡Hola, mi sargento!
MIGUEL. ¿Aónde se va?
CASTAÑO. Al Sacramento.
MIGUEL. ¿A la finca de Cabrera?
CASTAÑO. Voy a ensillar al momento,
que hay que darse una carrera.
ANGELES. ¿Pos qué pasa?
CASTAÑO. La razón
es de que vaya a la finca.
Dicen que ha entrado un ladrón,
y hay que ver si se le trinca.
MIGUEL. ¡Hombre, qué esaborisión!
JUAN. ¿Han robao mucho?
CASTAÑO. No sé;
ahora me voy para allá,
y luego les contaré.
ANGELES. ¡Güena estará la mujé!...
MIGUEL. ¡Y Cabrera! ¡Es naturá!...
CASTAÑO. *(Malhumorado.)*
¡Tres leguas! ¡Suerte, la mía!
¡Venir a darme tarea
precisamente este día!
JUAN. ¡Er demonio las enrea!
CASTAÑO. ¡Se me aguó la romería!
ANGELES. ¡Aún irá usté!
CASTAÑO. De eso trato.

MIGUEL. Custión de darse un mal rato
pa divertirse despué...

JUAN. Vaya, sargento: ¿hase un chato
en casa der Montañé?

CASTAÑO. Se estima; pero, en mi oficio,
cuando se está de servicio
se trabaja y no se bebe.

MIGUEL. ¡Mala sombra!

CASTAÑO. Y poco vicio.

JUAN. Se lo debo.

CASTAÑO. Me lo debe.

JUAN. *(A Miguel.)*
Vamos nosotros ayá.

MIGUEL. ¡Ca cual a su obligasion!

CASTAÑO. *(Despidiéndose.)*
Con Dios.

MIGUEL. ¡Suerte, generá!

ANGELES. *(Que está metiendo en su vivienda las sillas y algún otro trasto, mientras Miguel coge los arreos para llevárselos.)*
¡Que caiga pronto er ladrón!

CASTAÑO. *(Al salir.)*
Descuide, que ya caerá.
(Se marcha Castaño, y detrás de él se van Juan Arjona y Miguel Cruz, que se lleva los arreos. Angeles los despide diciéndoles:)

ANGELES. ¡Mucho ojo con la bebía!...
(Sola, en escena, cierra la puerta de su vivienda, dejando la llave puesta en la cerradura.)
¡En fin, menos má que ahora
me queda tiempo toavía
pa resarle a la Pastora
siquiera un Ave-María!
(Se echa a la cabeza el pañuelo que lleva ceñido al busto y se va por la izquierda. Tras una pausa, entran, por la misma puerta de la izquierda, DOLORES *y* JOSEÍTO. *Ya Miguel describió a Dolores, y al retrato no hay que añadirle sino que la mocita viste ropas sencillas y limpias. Viene sofocada por la persecución de Joseíto, un galán de traje claro y sombrero ancho, zumbón, chacharero y presumido.)*

DOLORES. *(Al entrar.)*
¡Várgame Dió, qué sofoco!
JOSEÍTO. ¡No corra así, compañera!...
DOLORES. ¿Quié usté marcharse?...
JOSEÍTO. ¡Ya mismo,
si le estorba mi presensia!
(Acercándose, zalamero.)
¡Mira qué acaloraíta!
DOLORES. ¡Lárguese usté a dos mil leguas!
JOSEÍTO. ¡Qué bien sientan los colores
en una cara morena!
DOLORES. *(Impaciente.)*
¡Hay días con pata!...
JOSEÍTO. Y hay días
que nasen con güena estreya,
y ar que esa estreya le alumbra
toíto le sale a derechas.
¡En cuanto he pisao este pueblo
he empesao yo a está de güenas!
DOLORES. *(Burlona.)*
¡Pos si es forastero el hombre!...
JOSEÍTO. Niña, que estoy en mi tierra,
y ahora yego de Seviya,
en er mixto y en tersera.
Soñando con la Girarda
me escapé de Cartagena...
DOLORES. ¿Der presiyo?...
JOSEÍTO. *(Jaleándola.)*
¡Viva er mundo!...
De una carseliya negra
aonde me estuve tres años
cantando la copla aqueya:
«Me yaman er barrenero
porque tiro la barrena.»
DOLORES. Ya se nota. ¡Barrenao!
JOSEÍTO. ¡Qué a gusto cogí la puerta!
¡Iba a Seviya!... ¡Seviya
de mis ansias y mis penas!
Pero yego a los andenes
y sargo a la plasoleta
de la estasion... ¡y me entraron
fatigas por dá la güerta!
DOLORES. Argún susto.
JOSEÍTO. ¡Osté lo ha dicho!
En ve de un coche cuarquiera
había que tomá un auto...

¡que a ve si es o no vergüensa!
Y yego a Puerta Triana,
y hay sien coches en hilera,
y sale un guardia con casco
y levanta una porreta,
y un coche pa Saragosa,
y el otro pa Julio Sésa,
y er de aquí que va pa er Puente,
y er de ayí pa caye Arbuera...
¡vaya, que dejó er camino
más limpio que una patena!
Y cuando estoy en Triana
me encuentro a quinse chaveas
pegándole a una pelota
hecha con trapos y cuerdas.
Y en er tapiá de una casa,
con una tinta mu negra,
en ve de: «¡Viva Bermonte!»
han puesto: «¡Viva el Arenas!»
Totá; que me puse triste,
y tomé la carretera...

DOLORES. ¡Y viene a darme un lataso
que er demonio que lo vea!

JOSEÍTO. Vengo a mi pueblo... ¡A mi pueblo!
Recorrí tres cayejuelas;
me quedé parao en la plasa,
y pasó osté por mi vera,
y he seguío er caminito...
¡que me ha hecho osté andá dos leguas!,
y miro lus en er sielo,
y ventanas con masetas,
y un corrá, y un arriate,
y oigo una copla flamenca,
y me aserco a su persona,
que güele a clavo y canela,
y abro los ojos, y digo:
«¡Minero de Cartagena,
ya se te acabó la cársel!
¡Ya sí que estás en tu tierra!»
(Por la izquierda llega Manuel, que, detenido en la puerta, oye parte del parlamento de Joseíto. Manuel, hijo de Miguel Cruz, es un mozo gallardo y postinero, que viste pantalón de paño y guayabera blanca o cruda. Lleva gorrilla y botos de becerro, y trae bajo el

brazo un envoltorio cubierto con papeles. Cuando Joseíto acaba de hablar, Manuel exclama, desde la puerta:)
¡Y óle!

MANUEL. *(Volviéndose.)*
JOSEÍTO. ¿Quién yama?
MANUEL. ¡Permaso!...
JOSEÍTO. *(Reconociendo a Manuel, y abrazándole.)*
¡Maoliyo!... ¡Vaya sorpresa!
MANUEL. *(Abrazándole también.)*
¿De aonde sales, Joseíto?
JOSEÍTO. He pedío la boleta
y me güervo a mis rediles;
que, pa viví con pobresa,
a la tisne de la mina
prefiero er só de la siega.
MANUEL. Yo me alegro, si es tu gusto.
JOSEÍTO. ¡Otra ve por mi verea!
¡Ay, Maoliyo! ¡Tú no sabes
qué cosa tan grande es ésta
de que te entierres en vía
a sien parmos bajo tierra,
y luego sargas, y mires
un sielo de primavera,
un corraliyo con flores
y una carita morena
(Señalando a Dolores.)
en la que están ensendíos
dos ojos que piden guerra!
(Dolores se echa a reir.)
MANUEL. *(Sorprendido, a Joseíto.)*
¿No la conoses?...
JOSEÍTO. *(Mirando a Dolores.)*
No creo...
MANUEL. Piensa bien.
JOSEÍTO. *(Muy serio.)*
¡La Macarena!
DOLORES. *(Riendo de nuevo, y halagada.)*
¡Ha estao güeno!
MANUEL. *(A Joseíto.)*
Baja un poco;
Dolores la Petenera.
JOSEÍTO. ¿Dolores? ¿La chiquetiya
que cuando éramos chaveas
trajo tu pare a tu casa
pa darle acobijo en eya?

DOLORES. La misma.

JOSEÍTO. ¡Josú, qué cambio!

(A Dolores, muy serio.)

Dispénsame osté, flamenca,
si he dicho argún disparate
entre gromas o entre veras...
Aparte que no es delito
echá flores a las hembras.

MANUEL. Cuando las flores son finas
y er jardinero nos deja.

JOSEÍTO. *(Haciéndose cargo, después de mirar a Dolores y a Manuel.)*

¡Comprendo! Tú me disculpas...
¡y que no haiga más sorpresas!

DOLORES. *(Risueña.)*

¡Pué que quede arguna otra!

JOSEÍTO. ¡Avise osté por las güenas,
que yo no vine a mi pueblo
con ganas de armá peleas!

MANUEL. *(A Dolores.)*

¿Quién hay en casa?

DOLORES. No hay naide,
porque está la yave puesta.

MANUEL. Pos voy a ve si me arreglo,
(A Joseíto.)
que esta noche tengo juerga.

DOLORES. Tu mare, sobre la cama
te puso la ropa nueva.

MANUEL. *(A Dolores.)*

Tú también tiés que arreglarte.

DOLORES. Yo me quedo.

MANUEL. ¿Que te queas?...

(Convencido de que no se quedará.)

¡Vamos, caya!

(A Joseíto, despidiéndose.)

¡Joseíto!

JOSEÍTO. ¡Un abraso!

MANUEL. ¡Los que quieras!

JOSEÍTO. *(Malicioso y en voz baja, al abrazarle.)*

Y coste que a la mosita
na ma le dije finesas...
(Manuel se mete en la vivienda número 1. Quedan solos Dolores y Joseíto. Este dice a La Petenera:)
La plancha fué de arroba,
no se lo niego;

¡con su carita boba
me dió osté er pego!

DOLORES. *(Risueña.)*
Me hiso grasia er baruyo
con que venía...

JOSEÍTO. Y ha gosao osté lo suyo...
¡y a costa mía!
(Breve pausa.)

DOLORES. ¿Me hase er favó de un misto?

JOSEÍTO. *(Zumbón.)*
¿Quié osté cayarse?
¿Trata osté, por lo visto,
de suisidarse?
¡Ni tanto ni tan carvo!...
¡Pos está güeno
que mujé de su garbo
tome un veneno!

DOLORES. *(Riendo.)*
¡Ande y deme er seriyo,
que va a ser hora
de que arda er faroliyo
de la Pastora!

JOSEÍTO. ¡Ah, vamos!... ¡Compañera,
me yevé er susto!
Temí que osté se hubiera
tomao un disgusto,
y que hubiese resuerto,
como es corriente,
tomá misto regüerto
con aguardiente.
(Dolores, risueña, coge la caja d cerillas que le ofrece Joseíto, y en ciende el farol de la Divina Pa tora, haciéndole bajar y subir p medio de una cuerda. Mientra realiza esta operación sigue el di logo con el mozo.)

DOLORES. ¡Vaya mescla golosa!...
¡No tengo prisa!
¡La muerte es una cosa
que me horrorisa!

JOSEÍTO. Pos yo, que fuí minero
desesperao,
iguá que a un compañero
la tuve ar lao.

DOLORES. *(Estremeciéndose.)*

No se vaya a la sombra
de los sipreses...
Ar que a la Muerte nombra
dos o tres veses,
dise una seguiriya
que yo he aprendío,
que argo malo le piya
desprevenío.

(En la puerta de la izquierda aparece Carmela, que se vuelve al exterior, llamando a su madre.)

ARMELA. *(Desde la puerta.)*
¡Vamos!...

OSEÍTO. *(Extrañado.)*
¿Qué vos es ésa?...

ARMELA. Mare, ¿no acaba?

OLORES. *(A Joseíto.)*
Esta es la otra sorpresa
que le aguardaba.

(Dándose cuenta, Joseíto se lanza hacia la puerta, al encuentro de Carmela, que avanzaba ya.)

OSEÍTO. ¡La Vígen der Carmelo!

ARMELA. *(Temblorosa de emoción y de alegría.)*
¿Tú...? ¡Joseíto!

OSEÍTO. ¡Yo, que vengo ar revuelo
de tu parmito!

ARMELA. *(Abrazada a Joseíto.)*
¡Chiquiyo de mi arma!...
¿Cuándo has yegao?

OSEÍTO. ¡Cuando perdí la carma!
¡Cuando, enselao,
se me entró por la mina
de Cartagena
la olor a claveyina
de mi morena!

ARMELA. ¡Ay, mi José!...

OSEÍTO. ¡Tesoro!...
¡Ya estoy contigo!
¿Te digo que te adoro?
¡Poco te digo!
¡Güervo con mi paloma!

OLORES. *(Con mucha guasa, devolviendo a Joseíto las cerillas que le pidió:)*
Tome, er veneno...

OSEÍTO. ¡Déjese osté de groma!

DOLORES. ¡Ya está usté güeno!
(Por la izquierda llegan Conc[ha,] Trini y Pepa.)

CONCHA. *(Al entrar, a Trini y a Pepa.)*
Si queréis, os yevamos
hasta la ermita.

PEPA. ¡Mu bien!

CONCHA. Aquí aguardamos.
(A Carmela.)
¡Ven, Carmelita!

CARMELA. ¡Mare, que hay forastero!

CONCHA. ¿Qué dises, nena?

JOSEÍTO. *(Avanzando para saludar a Concha.)*
Que aquí viene un minero
de Cartagena.

CONCHA. *(Sorprendida, y con mucha cordialidad.)*
¿Cómo?... ¡Si es Joseíto!...
¿Yegas ahora?

JOSEÍTO. Yevo aquí ya un ratito.

DOLORES. ¡Ni media hora!

CONCHA. *(A Joseíto.)*
¡Que me alegro de verte!

JOSEÍTO. ¡Ya gorvió er preso!

CONCHA. ¿Has tenío mucha suerte?

JOSEÍTO. ¡No hablemos de eso!

CARMELA. *(Contentísima, a Dolores, Trini y Pepa.)*
¡Ay, no pueo estarme quieta
de la alegría!

TRINI. ¡Pa ti va a sé completa
la romería!

CONCHA. *(A Joseíto.)*
¿Y tu gente?

JOSEÍTO. En la Argaba.

CONCHA. ¿Bien?

JOSEÍTO. Eso creo...

CONCHA. ¿No has ido a verla?

JOSEÍTO. Daba
mucho rodeo,
y ar salí de Seviya
vine escapao
pa ver a la chiquiya
que me ha chiflao.

PEPA. ¡Que es mu tarde, y se yena
la ermita ar vuelo!

CARMELA. *(A Joseíto.)*
Ven, tú, er de Cartagena...

(Se encamina hacia el segundo patio, y Joseíto la sigue.)

SEÍTO. ¡Contigo, ar sielo!

(Con mucho bullicio, Carmela, Trini. Pepa y Joseíto se van al patio interior de la derecha. Detrás de ellos se marcha Concha, a tiempo que sale de la vivienda número 1 Manuel, que se ha puesto ya el sombrero ancho, el marsellés y los zahones. Se acerca a Dolores, que ve marchar a los otros, y le pregunta:)

ANUEL. ¿Y José?

)LORES. *(Indicándole el segundo patio.)*
Mírale ayá.
Carmela se lo yevó,
que está, la pobre, abrasá
y buscando la caló
de los ojos der sagá.

ANUEL. ¡Lo corriente! Ar menos, yo
lo encuentro mu naturá.
(Luego de una pausa, y cariñosamente.)
Anda a arreglarte.

)LORES. ¿Pa qué?

ANUEL. Pa irnos a la ermita ahora,
y pa marcharnos despué
ar campo, con la Pastora.

)LORES. Márchate solo.

ANUEL. ¡Mujé...!

)LORES. ¡No quiero hasé mar papé
ni ar lao de Nuestra Señora!

ANUEL. Eres artiva.

)LORES. ¡Lo sé!
Me han dicho más de una ve
que tengo la sangre mora...
¡De eso será mi artivé!

ANUEL. *(Insistiendo, risueño y amable.)*
Anda a arreglarte...

)LORES. ¡Que no!

ANUEL. ¿Y si te lo mando yo?

)LORES. ¡Triste será tu mandao!;
que la que no te negó
ni su cariño enselao,
ni su honradé, ni er tembló
cobarde y apasionao
con que la sangre te dió,
sentirá, ar fin, er doló

de vé que la has humiyao.

MANUEL. Pero... ¿por qué?

DOLORES. ¡Bien está
que haya a veses consentío
por sensiyé, por bondá,
por obra de caridá
o por lo que haya querío,
en ir de juerga, y cantá
divirtiendo a los demá!
Pero hoy, fiesta de tronío,
la Petenera no va,
con la ropa de percá
y er pañuelo desteñío,
aonde vaya er poderío
de la gente prinsipá
que la tiene de humiyá.
Y por ti lo he desidío,
no te vayas a pensá;
¡que debes considerá
que cazne que tuya ha sío
naide la debe pisá!

MANUEL. *(Con tono cada vez más convincente y apasionado.)*
Anda pa dentro, Dolores...
que pa que hoy la Petenera
pueda lusí sus primores,
busqué yo un mantón de flores
que tar como una bandera
te engorverá en sus colores;
y la fina pedrería
que en tu pecho ha de poné
los resplandores der día;
y la peineta pulía
que sujete de un clavé
la yamarada ensendía
en la trensa renegría
de tu cabeyo, mujé.

DOLORES. ¿Qué hablas, Manué?

MANUEL. Que pa ti
güenas prendas conseguí.

DOLORES. ¿No habrás hecho una locura?...

MANUEL. Caya, mujé, y entra ahí,
y ponte guapa, y procura
que sólo la Virgen pura
puea contigo competí
en garbo y en bonitura.

OLORES. *(Conmovida.)*
¡Manué!... ¡Grasias, mi Manué!...
ANUEL. En la jaca cartujana,
Dolores, te yevaré;
una manta jeresana
sobre la grupa pondré,
y cada borlón de grana
va a sé como una campana
que toque a gloria a tu pié.
OLORES. *(Abrazada a Manuel.)*
¡Grasias, que la vía entera
poco pa dártela fuera!
¡Que yo no sé lo que hise
pa que Dió de esta manera
a la Petenera hechise,
y en tus brazos me esclavise
y me tenga prisionera!
ANUEL. Por Petenera te quise...
(Muy apasionado.)
¿Quién te puso Petenera?
¿Quién dió a tu boca ese aliento,
que es carisia, y es quejío,
y es risa, y es sentimiento,
y es un rosá floresío
que echa sus rosas ar viento?
OLORES. No lo sé; mas pienso yo
que, viéndome desgrasiá
dende niña, quiso Dió;
en pago de mi doló,
darme gusto pa cantá.
A Er le debo esta manera
de cantá la petenera,
la copla más afligía,
más durse y más lastimera
que se oye en la tierra mía.
La güena copla andalusa,
que habla de amó, da suspiros,
y es un sirguero que crusa,
entre regüertas y giros,
er claro asú de los sielos,
y va arruyando ternesas,
y va pregonando selos,
y va gimiendo dolores,
y va gritando fieresas
y va pidiendo fervores.
La güena copla de España,

que es ternura, y es donaire,
yora, ríe, cura y daña,
y es flecha que corta el aire
y se nos hunde en la entraña.
La copla de nuestra tierra,
que en cuatro versos ensierra
la mentira y la verdá;
la copla que pide guerra
o va predicando pa...
La que es grasia, y armonía,
y tié la lu, los ardores,
el aroma, la alegría,
el resplandó y los colores
que tién er sielo, las flores
y er vino de Andalusía.
La copla que es un arruyo;
como un clavel en capuyo
que, cuando er viento lo sopla,
se va mesiendo en la rama...
Er resplandó de una hoguera...
¡Esa fué siempre mi copla,
la que me trajo la fama!
¡Si sabes la historia entera,
y sabes que eya proclama
que, por triste y lastimera,
toíta la gente me yama
Dolores la Petenera!...

MANUEL. Pos como la historia sé,
pa que no haya humiyasión
que te venga a entristesé
esas galas te busqué.
Póntelas, porque eyas son
las prendas de mi queré,
¡y vente a la prosesión,
aonde esta noche va a sé
un repique tu cansión!

(Se oye en el patio interior gran algarabía de risas.)

Anda pronto.

DOLORES. Voy ayá.
Me he puesto por penitensia
rendirme a tu voluntá.

MANUEL. ¿Y te duele la obediensia?

DOLORES. No, Manué, que esclavisá
me tienes a tu querensia.

¡Pa yorá males de ausensia
no quiero la libertá!

(Manuel ha llevado apasionadamente a Dolores hasta la puerta de su vivienda. Dolores entra en la casa, y Manuel la ve marchar, vuelto de espaldas al público. Del patio interior, sale TRINI, *a la que sigue* JOSEÍTO.)

TRINI. *(A Joseíto, al salir.)*
Voy a cogé mi pañuelo
y a atusarme una mijita.

JOSEÍTO. No tarde, que ya nos vamos.

TRINI. ¡Verá usté si me doy prisa!

(Trini entra en la vivienda núm. 2. Joseíto se acerca a Manuel para decirle:)

JOSEÍTO. ¡Está ese patio que jierve!

MANUEL. ¡Sí pesa la calorsiya!...

JOSEÍTO. ¡Las mujeres, compañero,
que te abrasan si te miran,
y, si dan en no mirarte,
te enselan y te asesinan!

MANUEL. ¿Carmela?

JOSEÍTO. ¡O Pepa, o Rosío,
o la Trini, o Encarniya!...
¿Son mujeres? ¡Toas son güenas!

MANUEL. ¡Mujeres! ¡Dió las bendiga
a las hijas de mi arma,
y nos conserve la vía
pa arruyarlas, pa quererlas,
pa perdernos o sufrirlas!
¡Mujé!... Nombrándola, güeles
a la canela molía...
¡Mujé!... ¡Si hasta er nombre es sabio!

JOSEÍTO. ¿Por qué rasón?

MANUEL. Mu sensiya;
no tié más que sinco letras...
¡pero qué aprovechaítas
pa tós los sinco sentíos
que por eyas prevarican!
Con nombre e mujé se nombra
to lo que hay de más valía:
el agua, la lú, la tierra,
la copla, la mansaniya,
la ventana aonde se quiere,
la casa que nos cobija,
la gratitú, la vergüensa,
la leartá, la valentía,

la mare, la Virgen Pura
¡y hasta la Custodia misma!

JOSEÍTO. Pero er dinero es bien macho;
¡no hay quien me lo contradiga!

MANUEL. ¡Pa gastárselo con eyas,
bien a gusto y bien de prisa!

JOSEÍTO. ¿Y qué dises de la muerte?

MANUEL. Si entre los brasos me piya
de la mujé que yo adoro,
¡ole ya por mi agonía!
Una mujé me ha enconao
en mitá el arma una espina,
y ni arrancármela quiero
ni, aunque quisiera, podría.

JOSEÍTO. *(Ponderativo.)*
¡Eche usté, y no se l'errame,
disiendo pinturerías!
¡Cuando te pones flamenco,
Maoliyo, no hay quien te siga!

(Se oye dentro, hacia la izquierda, un alegre repicar de campanas, que se repetirá a intervalos, hasta que lleguen los momentos finales del acto. También suenan estampidos de cohetes.)

MANUEL. ¿Ves? ¡Ahora empiesa er baruyo!

JOSEÍTO. *(Acercándose a la puerta del patio interior, y palmoteando.)*
¡A ve las caras bonitas!

(Conforme se desarrolla el diálogo van saliendo por donde se indica, ANGELES, CONCHA, CARMELA, PEPA, TRINI, MIGUEL CRUZ *y* JUAN ARJONA.*)*

ANGELES. *(Saliendo por la izquierda.)*
¡Vamos ar fogón mardito!
(Viendo a Manuel.)
¿Gorviste por fin, Manué?

MANUEL. *(A Angeles.)*
Fuí a darme un paseíto.

ANGELES. ¡Y se te orvidó comé!

MANUEL. Asércate, Joseíto.

JOSEÍTO. *(Saludando a Angeles.)*
Angeles, ¿cómo está osté?

ANGELES. *(Reconociendo a Joseíto.)*
¿Pero éste es aquer mosito
que a las minas se nos fué?

(Siguen hablando. Del cuarto núm. 2 sale TRINI, *muy compuesta, con flores y pañolito de Manila, y grita, asomándose al patio interior.)*

TRINI. ¡Vamos, niñas, que ya estoy!
¿Vienes, Carmelita?

CARMELA. *(Dentro.)*
¡Voy!...

MANUEL. *(A Angeles.)*
¿Y mi pare?

ANGELES. De bureo
y a yevarte los arreo...

JOSEÍTO. *(A Manuel.)*
¡Poco presumes tú hoy!

MANUEL. Haste cargo...

ANGELES. ¡Ya lo creo!

(Sale CONCHA *del patio interior, con mantón de espuma y una gran cesta de vituallas.)*

CONCHA. ¡Ay, malhaya sea mi casta,
y qué gromitas me gasta
la niña!...

(Detrás de Concha salen CARMELA *y* PEPA, *ataviadas ya para la fiesta.)*

CARMELA. ¡No gruña usté,
que no pesa la canasta!

CONCHA. ¿Quiés que te la eche en un pie,
verás como te lo aplasta?

(Llegan por la izquierda JUAN ARJONA *y* MIGUEL CRUZ.)

JUAN. *(Al entrar.)*
¡Cabayeros, qué gentío!

PEPA. *(Impaciente.)*
¡Vamos pronto!...

MIGUEL. *(A Angeles.)*
¡Eso es un lío!

JUAN. *(A Angeles.)*
¡No se cabe por ahí fuera!

JOSEÍTO. *(Saludando a Miguel.)*
¡Señó Migué!...

MIGUEL. *(Al ver a Joseíto.)*
¿Ya has venío?
¿Te declaraste vensío?

JOSEÍTO. *(Señalando a Carmela.)*
La querensia pajolera,
que le quita a uno er sentío.

JUAN. *(Hablando con Manuel.)*
Sé que hoy te luses, Manué,
aonde luscan los mejores.

MANUEL. Veremos.

JUAN. ¿No se ha de ve?

TRINI. ¡Que es tardísimo!

CARMELA. ¡Corré!

CONCHA. ¿Es que no viene Dolores?

ANGELES. ¿La Petenera? No sé...

MIGUEL. Según tenga los humores.

MANUEL. ¡Viene!

ANGELES. ¡Lo siento!

MIGUEL. *(Reprendiendo a Angeles.)*
¡Mujé!...

(Todo este momento muy animado y bullicioso, formando los personajes grupos adecuados, según disponga el director de escena. Del cuarto núm. 1, *sale* DOLORES, *arrogantísima, con un buen pañolón, arracadas de precio, flores en el pelo y llena de garbo y bizarría.)*

MANUEL. *(Al verla.)*
¡Sí que viene! ¡Ya está aquí!
(A Dolores.)
¡Anda, que aguardan por tí!

JUAN. *(Admirado, a Joseíto.)*
¡Güena estampa!

JOSEÍTO. ¡Más garría,
más fresca y más ensendía
que una rosita de abrí!

CARMELA. ¡Andando!

JOSEÍTO. *(Ofreciendo el brazo a Carmela.)*
¡Vamos, romera!

ANGELES. *(A Miguel, con mucha extrañeza.)*
¿Quién le ha dao a la Petenera
esas prendas?...

MIGUEL. ¡Véte a vé!
(Indicando a Manuel.)
¡Las cosas de ese tronera!

ANGELES. ¡Yo se lo preguntaré!

(Pero no le da tiempo, porque cuando los grupos van a irse hacia la calle, entran por la izquierda CABRERA, *hacendado ya viejo, y* CASTAÑO.)

CABRERA. *(Al entrar.)*
Güenas noches.

MIGUEL. *(Sorprendido.)*

¿Qué hay, Cabrera?

CABRERA. Quizá yegue en mar momento;
pero, como sabes ya,
han robao en er Sacramento,
y me han dicho que aquí está
lo que hase farta buscá...
¡Bien sabe Dió que lo siento!

MIGUEL. ¿Qué dises?

CABRERA. *(Indicando a Dolores, mientras los demás personajes esperan con la natural inquietud.)*

Esta mosita
que presume de bonita
va a lusirse con lo mío.
¡Eya tiene que habé sío
la ladrona!

DOLORES. *(Espantada.)*

¡Maresita!...

JOSEÍTO. ¿Qué está disiendo este tío?

ANGELES. *(A Miguel, que está abrumado por la sorpresa.)*

¿Lo oyes? ¿Ves esa mardita?...
¡Ay, que este corasón mío
no se engaña cuando grita!

DOLORES. *(Angustiadísima, a Cabrera.)*

¿Qué dise usté? ¿Yo ladrona?...

CABRERA. *(A Dolores, que ahora mira a Manuel, llena de espanto.)*

Ese mantón, que pregona
tu rumbo; esas arracás
y esa peina son robás
por tí; ¡por la que blasona
de humirde! ¡Vengan!

(Va hacia ella para arrebatarle las prendas, y Manuel le contiene con violencia.)

MANUEL. ¡Atrás!

¡No toque osté a esta persona!

CABRERA. *(Entre compasivo y desdeñoso.)*

¡Toavía la defenderás!

(Angeles, Miguel, Juan y Joseíto han acudido al lado de Manuel.)

ANGELES. ¡Hijo!

JUAN. ¡Muchacho!

MIGUEL. ¡Manué!...

CABRERA. *(A Castaño.)*

Cumpla osté su obligasión.

¡Yeve presa a esta mujé!

CASTAÑO. *(A Dolores.)*
Vámonos.

CONCHA. *(Desolada.)*
¡Qué perdisión!

MANUEL. ¡He dicho que no pué sé!
(A Castaño.)
¿Viene osté por el ladrón?
¡Pos yo me voy con osté!

ANGELES. *(Aterrada, abrazando a su hijo.)*
¡Hijo de mi corasón!

MIGUEL. ¿Que tú robaste?...

CASTAÑO. *(A Manuel.)*
No mienta,
que no hay burla que consienta
la Justicia.

MANUEL. ¡Si es por eso!...
¡Soy er ladrón, lo confieso!
¿Tengo que pagá mi cuenta?
¡La pago! ¡Yéveme preso!

MIGUEL. *(Desesperado.)*
¡Vígen der Carmen, qué afrenta!

(Las mositas, espantadas, han formado un grupo aparte. Concha consuela a Angeles, que llora llena de amargura. Joseíto y Juan Arjona están con Manuel y Miguel. Dolores, con mucha pena, exclama:)

DOLORES. ¡Manué!... ¡Manué de mi vía!...

MANUEL. *(Acudiendo a ella.)*
¡No me yores, arma mía!
(A los demás.)
¡Ahí la tenéis, desgrasiá,
y pobre, y entristesía!...
¡Mirá la que os divertía
yendo de barde a cantá
siempre que se le pedía,
comiendo por caridá
y de limosna vestía!
¡Yo, que la quiero pa mí,
traje, pa que se lusiera,
las prendas que véis aquí!

(Carmela recoge esas prendas, que nerviosamente se ha ido quitando Dolores, y se las entrega a Castaño.)

¡Las robé! ¡Güeno estuviera
que, queriéndose lusí

Dolores la Petenera,
Manué no se las trajera!
¡Corona de emperatrí
que esta mujé me pidiera,
corona que le siñera
pa no darle que sentí!

ANGELES. ¡Ladrón por eya!...

MANUEL. ¡Ladrón,
o cuatrero, o asesino!
Cara a cara, o a traisión,
por eya sargo a un camino
y busco mi perdisión.
¡Y vamos, que ya es rasón
de que arremate este sino
que me yeva a la prisión!
(Besa a su madre, y dice luego a Dolores, abrazándola:)
¡No yores!

DOLORES. ¡Ay, mi Manué!...

MANUEL. ¡No yores, que gorveré
a tu lao... cuando Dió quiera!

DOLORES. Pero ¿qué es lo que va a sé
sin tí de la Petenera?

MANUEL. ¡No tengas miedo!
(A Joseíto.) ¡José,
cuídame de esta mujé!...
¡Mira que es mi vida entera
y no la quiero perdé!

JOSEÍTO. Voy contigo.
(Manuel, acompañado de Joseíto y de Castaño, se encamina ya hacia la calle.)

JUAN. ¡Vamos to!...

MIGUEL. *(Conteniendo a Angeles, que quiere seguirles.)*
Angeles, quéate tú aquí...
¡y que nos ampare Dió!

CABRERA. *(A Miguel.)*
Siento que pasara así
por él, por vosotros dó,
¡y por lo que sufro yo
viendo a esa mare sufrí!
(Se marchan por la izquierda Manuel, Castaño, Cabrera, Joseíto, Juan y Miguel, y, detrás de ellos, Carmela, Pepa y Trini. Concha procura consolar a Angeles. Dolcres, acercándose a la

puerta para ver a los que se marchan, gime:)

DOLORES. ¡Perdío pa siempre!
¡Preso por mi curpa!
¡El único amparo que ya me queaba
pa mi desventura!

ANGELES. *(En una honda desesperación.)*
¡Hijo! ¡Se lo yevan
caminito alante!...

CONCHA. ¡Cáyate, criatura!

ANGELES. ¡Me quitan al hijo
y quiés que me caye!...
(Angeles llora desoladamente. Dolores se acerca a ella y le dice:)

DOLORES. ¡Angeles, no yores!...
¡Por Dió se lo pido!
¡Mire que su yanto es en mis sentrañas
plomo derretío!
(Secándose fieramente las lágrimas, en un supremo arranque de dolor y de ira, Angeles impreca a la Petenera.)

ANGELES. ¡Véte, mardesía!
¡Véte de mi vera,
y ajolá no encuentres en metá der campo
quien te favoresca!
¡Yelo en tus sentrañas!
¡Fuego en tu comía!
¡Caracoles negros de tu pelo sean
tu coyá de víboras!
¡Por ti el hijo mío,
en la noche negra,
irá por los campos, entre los siviles,
con griyo y caena!...
(Lanzándose sobre Dolores y zarandeándola hasta hacerla caer al suelo, las ropas desgarradas y toda ella temblorosa.)
¡Véte, mardesía!
¡Véte de mi casa!
¡No haya carpintero, ni maera, ni clavos
pa haserte la caja!
¡Y cuando te mueras
en un hespitá,
pa tapá tu cara y serrá tus ojos
tos se echen atrás!

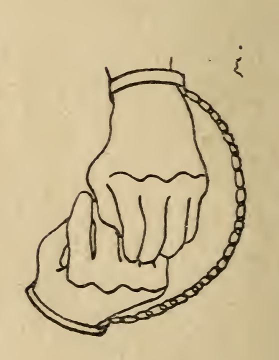
DOLORES. *(Incorporándose del suelo, y replicando con dolorido acento, que luego es resignación, y más tarde magnífica altanería.)*

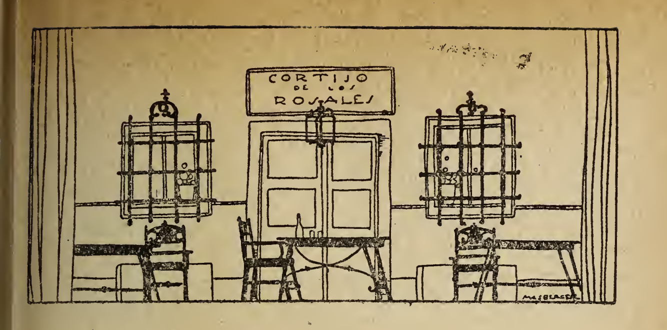
¡Basta, que no puede
más mi corasón!
¡Ajolá esta noche, en metá der campo,
me matara Dió!
Ni pan que comerme,
ni agua que bebé...
¿Pa qué he de quererlos, si no he de gosarlos
a la vera de él?
Agua de mi pena;
panes de sus besos;
cama de sarsales aonde revorcarme
con mis pensamientos...
¡Fieras, las der monte!
¡Nochesita negra,
ladrando los perros, sirbando los aires...
sola con mi pena!
Yevaré en el pecho
su queré gitano;
me ha dao, con sus besos, sangresita suya...
¡y se la he pagao!;
que pa él he sío toa,
en cuerpo y en arma.
¡Ajolá tuviera sien cuerpos que darle
pa que él los gosara!
(Contemplando la imagen de la Pastora.)
Divina Pastora:
¡tu manto me guarde!
Esamparaíta, sin saber er gusto
de un beso de madre,
sola por los campos
te veré de lejos.
¡Si un aire te rosa la cara morena,
será el de mis besos!
(Iniciando el mutis hacia la puerta de la calle.)
Pobre entré en la casa;
pobre sargo de eya...
¡Y entoavía me deben, que entre sus paderes
la honra se me quea!
Por tos los caminos
der mundo, ¡a roá!...
¿Comí?... Lo he pagao con güena monea...

¡estamos en pa!
Y si no hay maera, clavos ni martiyo
pa haserme la caja,
¡que los caracoles de mi pelo negro
me vistan mortaja!
Y si no hay quien quiera
mis ojos serrá...
¡pos mejó! ¡Pa er sielo me quearé mirando
la sola verdá!

(La última frase la dice ya en la puerta de la izquierda, por la que se va, como en una fuga, mientras cae el telón.)

FIN DEL PRIMER ACTO





ACTO SEGUNDO

Un cuarto en uno de esos colmados que en Madrid, en cualquier callejuela cercana a la Carrera de San Jerónimo, quieren ser una evocación de la Andalucía castiza y flamenca. Así, este cuarto representa el exterior de un cortijo sevillano como podría representar el ruedo de una plaza de toros o la plataforma de un tranvía. El foro simula ser la fachada de la vivienda del cortijo. Una gran puerta al centro, y a ambos lados de ella ventanas enrejadas, con macetas que contienen flores de trapo. Al pie de cada ventana, un poyo de azulejos, haciendo juego con el zócalo de la supuesta fachada. Sobre la puerta, y también en azulejos, un letrero, que dice: "Cortijo de los Rosales". El lateral izquierda finge la prolongación de la fachada, con su zócalo y sus poyetes correspondientes. El lateral derecha tiene pintado, con colores vivos, un emparrado, en el que ni siquiera faltan los racimos de uvas entre los verdes pámpanos. Techo pintado de azul, con nubecitas blancas, imitando el cielo. Y de este cielo pende un farol con bombillas eléctricas, que cae sobre una mesa cuadrada, de madera, que ocupa el centro de la escena. Todo, como se ve, muy arbitrario, según son en la realidad los cuartitos de estos colmados. Convenientemente distribuídos, varios sillones de madera pintada de colorines y con asientos de tomiza. Para que todo sea absurdo, en la encalada pared del lateral izquierda hay un espejo, y perchas de madera a ambos lados. Delante de cada uno de los poyetes del foro, un velador de hierro, con tablero de mármol. Colgado ante la puerta del foro, única entrada de la habitación, habrá otro farolito. De ningún modo puede el decorado dar impresión de realidad, ya que es preciso que al alzarse el telón piense el espectador: "Esto es un colmado", en vez de pensar: "Esto es un cortijo". Es de noche, Las lámparas están encendidas.

(Cuando comienza el acto están en escena ANTONIO, "EL TAPITAS" y JARAMAGO. *Antonio*, hombre joven, que viste traje claro, se halla sentado en uno de los poyetes del foro, ante un velador, y le da "largas" a un "chato" de vino, con el que golpea sobre el mármol, llevando así el compás a los últimos y confusos ecos de una copla cualquiera que cantan en el interior. *Jaramago* es un viejo cantador flamenco, ya una ruina. Lleva un terno negro con más brillos que un traje de luces. Se halla tumbado a la larga, y con toda comodidad, sobre dos sillones, junto a la mesa del centro, en la que apoya el codo del brazo cuya mano le sostiene la cabeza. Tiene el ancho sombrero negro caído sobre los ojos, de modo que el ala casi le oculta el rostro, para que las luces no le molesten en su siestecita. Hay una pausa. "*El Tapitas*" jalea muy por lo bajo la copla que cantan fuera. *Jaramago* bosteza, y habla con la cansera de todos estos flamencos aburridos.)

JARAMAGO. ¿Quién canta?
ANTONIO. *(También muy perezosamente.)*
Er «Niño é la Trena».
JARAMAGO. ¿Y quién es ese?
ANTONIO. Un chavá
que ha venío de Arasena
contratao pa er Fuencarrá,
y ha armao una marimorena
con su estilo de cantá.
JARAMAGO. *(Fastidiadísimo.)*
¡Várgame Dió!... ¡Otro má!...
¡Está poniéndose güena
la profesión, camará!...

(Otra pausa. Jaramago sigue dormitando, y entra PARRITA, *mozo del colmado, medio torero, medio bailarín, joven, vivaracho, ágil y simpático, que maneja el paño como un capote de brega y sirve los chatos como si citara a banderillas. Lleva pantalón de alpaca negro y chaquetilla blanca.)*

PARRITA. *(Al entrar, a Antonio.)*
¿Toavía te dura ese chato?
ANTONIO. Hay que darle coba ar vino.
PARRITA. ¡Gachó, pos yevas un rato!...
Te sale a ti mu barato
tomar esto por Casino,
y habrá que hasé nuevo trato...
ANTONIO. ¡Niño, no seas beduíno,
ni pegues con er sapato
ar que te ha enseñao er camino

pa ser un astro taurino!...
¡Ni que yo fuese un novato!

PARRITA. *(Con mal aire.)*
¡Aquí no hay más que guasones
que piden ar da las dié
un chato, y ni a arrempujones
dejan las habitasiones
hasta que suenan las tré.
¡Valiente plaga é moscones!
(Llegando hasta Jaramago y zarandeándole.)
¡Oiga, amigo! ¿Qué va a sé?...

JARAMAGO. *(Desperezándose.)*
¿Quién yama?

PARRITA. ¿Qué toma osté?

JARAMAGO. *(Con mucha calma.)*
¿Qué tomo?:.. ¡Sofocasiones,
criatura!... ¿Pos no lo vé?...

PARRITA. *(Desabrido.)*
Eso no deja ganansia
ni aquí ni en París de Fransia;
conque... ¡rásquese er borsiyo
y pida argo má sensiyo
y que tenga má sustansia!

JARAMAGO. ¿Pedí?... ¡Dame un sigarriyo!

PARRITA. ¡Compare, hay un fresquesiyo!...

JARAMAGO. *(Sin moverse del sillón.)*
¡Véte ya, insinificansia,
o te cojo der morriyo
y a gorpes te saco briyo!
¡Que te das más importansia
qué si fueses Pepe-Hiyo!...

PARRITA. ¡Güeno está!

JARAMAGO. ¡Vete escapao!

PARRITA. ¿Tié esto grasia?

ANTONIO. *(Desde su asiento, y con mucha seriedad.)*
¡No, señó!

PARRITA. Ocupan er reservao
de más postín; er mejó
de los que hay en er cormao,
y piden pa entre los dó
un chato... que no han pagao,
¡y hay que tragarse er mandao,
porque pué que, ensima, yo
resurte perjudicao!
¡En fin ,el amo dirá!

(Se va por el foro, torciendo por la derecha, por detrás de cuya ventana se le ve pasar, en el momento que, por el lado opuesto, llega PACO *y le llama.)*

PACO. ¡Tú, Parrita, ven acá!

PARRITA. *(Volviendo.)*
¡Don Paco!... ¿Cómo está osté?
(Entra de nuevo en el cuarto Parrita, con Paco. Este tiene de treinta y ocho a cuarenta años; bien plantado, postinero, honrado a carta cabal y madrileño de casta, donde los haya. Es comerciante rico, y sabe gastarse el dinero siempre que haga falta. Viste bien, lleva alhajas, y todo en él revela al hombre sensato y maduro, al que no le importa, sin embargo, echar de vez en cuando una «cana al aire».

PACO. *(A Parrita.)*
¿Nos tienes el cuarto ya?

PARRITA. He dispuesto er der corrá,
porque en éste, ya lo ve,
hay gente de caliá
(Por Antonio y Jaramago.)
que se ha empeñao en corré
una juerga colosá,
y en gastarse un dinerá,
y, ¡francamente!, no sé
cómo la voy a espantá.

PACO. *(Riendo.)*
Son amigos,
(Alzando la voz.)
¡Jaramago!

JARAMAGO. *(Despabilándose.)*
¿Qué pasa?

PACO. ¿Qué haces ahí?

JARAMAGO. *(Levantándose cansinamente.)*
Pos ya osté ve lo que hago:
emperesarme y dormí
hasta vé si satisfago
las ganas de echá un trago.

PACO. Hoy vas a echarlo por mí.
(A Parrita.)
Una ronda, que yo pago.

PARRITA. *(Disponiéndose a salir, muy obsequioso.)*
¡Así da gusto serví!

ANTONIO. *(Levantándose como un rayo y llamando al mozo.)*
¡Oye, tú, Parrita!

PARRITA. ¿Qué?

ANTONIO. No nos vayas a traé
con las tapas asaúra,
que no se deja comé.

PARRITA. ¿Longanisa?

ANTONIO. ¡Está mu dura!

PARRITA. ¿Jamón?

ANTONIO. ¡Es salina pura!

PARRITA. *(Impaciente, mientras Paco ríe del mejor humor.)*
Pos, entonses, ¿qué va a sé?

ANTONIO. ¡Trae cuarquié cosa! Y procura
que no sea la escurriúra...
¡Vaya, que se pueda vé!
(Se va Parrita.)

PACO. *(A Antonio, riéndose.)*
¡Está bien, Antoñito!
¡No te descuidas!

ANTONIO. ¿Qué va uno a hasé, don Paco,
si así es la vía?
¿Si ya hasta que me muera,
y esa es la fija,
voy a sé siempre «Er Niño
de las Tapitas»?

PACO. ¡Y está bien puesto el mote!

JARAMAGO. *(A Antonio, filosófico.)*
¡Deja que digan,
y mientras no te farten
las casoliyas
y te arregles con eyas
pa la comía...
que muerdan los guasones
retama y quina!

PACO. *(Bromista, a Antonio.)*
¡A ver! ¿Cuál fué tu cena!

ANTONIO. ¡Vígen Santísima!
¡No pue osté figurarse
qué arboronía!
(Haciendo memoria para recordar el «menú», y llevando la cuenta con los dedos.)
Bacalao con seboya;
papas cosías·

armendras y piñones;
    ensalaíya;
una raja de queso
    de ese que pica;
dos rábanos; menúo;
    más armendriyas;
más bacalao; dos ruedas
    de longanisa;
más queso...; la asaúra
    y una mijita
de cazne y habichuelas.

PACO. ¡Vaya una lista!

JARAMAGO. ¡Ya osté vé! ¡Toas las tapas
    de la cosina,
que se dejan los clientes
    sin consumirlas!

(Vuelve PARRITA, *con tres chatos de vino y una cazolita con bacalao en una bandeja, que coloca sobre la mesa del centro.)*

PACO. *(A Antonio, indicándole la cazuela de bacalao.)*
    ¡Aquí te traen el postre!

ANTONIO. *(Desesperado.)*
    ¡Suerte, la mía!
¡¡Bacalao!!

PARRITA. *(Guaseándose.)*
    ¡Viva Escocia!

ANTONIO. *(A Parrita.)*
    ¿Chuflas ensima?...
    (Antonio acomete melancólicamente al bacalao, y Jaramago paladea el vino con verdadero entusiasmo. Mientras, Paco habla aparte con Parrita.)

PACO. Oye, tú; ¿te ocupaste
    del guitarrista?

PARRITA. Ya le avisé ar «Moreno
    de las Clavijas».
¡El rey de la «sonanta»!
    ¡Canela fina!

PACO. ¿Y de la Petenera?

PARRITA. La Saluíta
fué a buscarla hase un rato;
    pero esa niña,
¡como tié tantos junos
    y se la rifan...!

LOS AUTORES DE «LA PETENERA»

Manuel de Góngora, inspirado poeta, fino y sonoro, como buen andaluz.



Francisco Serrano Anguita, notable periodista y poeta de grácil vena popular.





María Palou, la gran actriz que ha hecho de «La Petenera» una de sus mejores creaciones.



Una escena del primer acto de «La Petenera».


CORTIJO DE LOS ROSALES

PACO. *(Seguro.)*
Vendrá, porque ya sabe
que es cosa mía.

JARAMAGO. *(A Antonio, que se ha bebido su chato y se dispone a beberse el de Paco.)*
¡Niño, deja ese chato
de mansaniya,
que es er der cabayero
que nos convía!

ANTONIO. Es que aquí, en er gañote,
tengo una espina...
(Se bebe el chato de un trago.)
¡Ya pasó!

JARAMAGO. ¡Vaya fresco!

ANTONIO. ¡Si ér no se fija!...

PACO. *(Llamando a Antonio.)*
Mira, Antoñito.

ANTONIO. *(Temeroso.)* ¡Sopla!...

PACO. ¡Ven en seguida!

ANTONIO. *(Acercándose, con mucho recelo.)*
¿Qué se ofrese ,don Paco?

PACO. ¿Tienes noticia
de alguna bailaora
buena y castiza?

ANTONIO. ¿Pa cuándo?

PACO. Pa esta nóche.

ANTONIO. ¡Chavó, qué prisa!

PACO. Es que a unos forasteros
les di aquí cita,
y ellos no han visto nunca
flamenquerías,
y yo me dije, digo:
«¿Quién no organiza
una fiesta de alguna
categoría?»
Vendrá la Petenera,
la Saluíta,
Currillo, Jaramago,
tú y el Clavijas.
Y pa echar el completo
se necesita
una mujer que baile
por alegrías.

ANTONIO. *(Que ha estado meditando.)*
¿Le sirve la Bisnaga,
que es esa artista

que trae loca a la gente
de Maravillas?

PACO. ¿Baila bien?

ANTONIO. ¡Er disloque!

JARAMAGO. *(Interviniendo.)*
Yeva dié días,
y ya con la Pastora
le busca riña.

PACO. ¿Y vendrá...?

ANTONIO. To depende
de la tarifa.

PACO. *(Jactancioso.)*
Véte y dila que venga
por lo que pida,
que a Paco Cañizares
no hay todavía
quien le niegue las cosas
que le encaprichan
si es cuestión de billetes
el conseguirlas.

PARRITA. *(Entusiasmado.)*
¡Y ole!

ANTONIO. ¡Voy ar momento!

PACO. ¡Mira que hay prisa!
¡Tú mismo la acompañas!...

ANTONIO. ¡Como osté diga!
(Antonio coge su sombrero y se va rápidamente.)

PACO. *(A Parrita.)*
Tú, tráenos otros chatos
de manzanilla,
y, si llega esa gente,
vienes y avisas.

PARRITA. ¡Ya güervo!
(Se marcha.)

JARAMAGO. *(Zalamero.)*
¡Na, don Paco;
que me elertrisa
verle a osté cómo manda!

PACO. *(De buen humor.)*
¡Calla, cobista!
¡Pa beberte unas copas
a costa mía,
déjate de jonjanas
y de pamplinas!

(Llègan DOLORES LA PETENERA *y* SALUÍTA.

Los cuatro o cinco años transcurridos han hecho más pomposa y cuajada la belleza de Dolores. Cantadora de fama, se advierte en ella a la mujer convencida de su valía. Viste bien, con buenas alhajas y ropa de precio, y se envuelve en un mantón de Manila, a manera de chal, con arreglo a la moda. En cuanto a Saluíta, habría que detenerse mucho describiéndola. Parece vieja y, sin embargo, en sus ojos y en su risa hay chispazos de juventud. Parece fea—es verdaderamente fea, con una grotesca fealdad que ella explota sobre el «tablao» para bailar «por chuflas»—, y, a veces, en una mirada o en un gesto, se advierten no sabemos qué vestigios de belleza. Cínica y desenfadada, se gana el pan como puede, sin vacilar ante un negocio de tercería o un trato poco limpio. Lleva su ropa «de faena»: una falda de faralaes, un pañolito ceñido al busto, medias blancas y zapatos bajos. Sobre el moñete se le tambalea un clavel empingorotado.)

SALUÍTA. *(Al entrar.)*
¡Güeno, ya estamos aquí!

PACO. *(Acudiendo, entusiasmado, a recibir a Dolores.)*
¡La Cibeles, que ha llegao
a darle brillo al colmao
más castizo de Madrí!

DOLORES. ¿Qué hay, Paco?

PACO. Lo que tú digas.
Gracias por haber venío.

DOLORES. Eres tú quien lo ha pedío...
¡Pa argo sirven las amigas!

PACO. *(Intencionado.)*
¿Sólo amiga?...

DOLORES. ¡Ya se ve!
Y no te tiés de quejá,
que no es cosa mi amistá
que yo acostumbre a ofresé.

PACO. Ya hablaremos, Petenera.

DOLORES. ¿Y de qué?

PACO. De un pensamiento
que no me deja un momento
ni respirar tan siquiera.

SALUÍTA. *(Interrumpiendo la conversación que sostiene con Jaramago, y dirigiéndose a Paco:)*
Don Paco, que hay que pagá
er tarsi en que hemos venío,
y pué que cueste un sentío
si le hasemos esperá.

PACO. Está bien.
(A Jaramago, dándole dos duros.)
Haz el favor
de pagar tú, Jaramago.

JARAMAGO. Osté dirá lo que pago.

PACO. Lo que marque el contador.

JARAMAGO. ¿Y cuánto doy de propina?

PACO. *(Impaciente por seguir hablando con Dolores.)*
Mira, tú pagas de ahí
y lo que sobre, pa ti.

SALUÍTA. *(Aparte y maliciosamente.)*
¡Un chófer en la ruina!

(Jaramago se marcha, a tiempo que entra PARRITA *con varios chatos de vino y sus correspondientes «tapas», en una bandeja que pone sobre la mesa del centro. En seguida se marcha, llevándose los vasos que hay vacíos. Saluíta, por no aburrirse, «pica» en las «tapas» y bebe unos sorbos de vino. Paco, vuelve junto a Dolores, que le dice:)*

DOLORES. ¿Y pa darme una rasón
me has hecho que venga acá,
forsando mi voluntá
y en contra de mi afisión?
Tú sabes que a mí er cormao
ni me aflige ni me asusta;
pero, ¡vaya!, no me gusta
meterme en un reservao
y empesar a da jipíos,
y a remojar er gasnate
con payos de mal arate
y flamencos aburríos.
Vengo cuando es menesté;
pero aquí no se mejora
ni mi aquer de cantaora
ni mi fama de mujé.
Y te hubiera agradesío
que, si hemos de hablá tú y yo,
fuese en un sitio mejó

que éste en que me has resibío.

PACO. ¡Vamos, calla y no exageres!;
que cuando tú y yo tratemos
de las cosas que debemos
tratar hombres y mujeres,
no será, ¡bueno estuviera!,
en uno de estos lugares.
¡Se merece otros altares
mejores la Petenera!
Se trata de unos amigos
a los que festejo aquí.
¡Cuando me cantes a mí
tiene que ser sin testigos!

DOLORES. Si es un capricho...

PACO. Es un ruego.

DOLORES. *(Complaciente.)*
Pos pa mí ya es un mandato.

PACO. ¿Y qué vale este contrato?

DOLORES. Eso lo dejas pa luego.

PACO. No quiero perjudicarte,
porque ni es bueno, ni es justo.

DOLORES. Cuando canto por mi gusto
no tiene presio mi arte.

PACO. ¡Dios te bendiga, Dolores!

DOLORES. *(Esquivándole, risueña.)*
Oye, que está Saluíta...

(PARRITA *llega a la puerta del foro.)*

PARRITA. Don Paco...

PACO. *(Volviéndose.)*
Díme, Parrita.

PARRITA. Que ahí están ya esos señores.

PACO. ¿Lo tienes to preparao?

PARRITA. Pa serví cuando osté quiera.

PACO. *(A Dolores.)*
Vamos allá, Petenera.

DOLORES. ¿Aonde?

PARRITA. A ese cuarto de ar lao.

DOLORES. *(A Paco.)*
¿Yo sola?

PACO. Luego vendrá
más gente.

DOLORES. Pos anda y vé
con tus amigos; yo iré
cuando yeguen los demá.

(Paco se va, obediente, y Dolores le acompaña hasta la puerta. Parrita se

marcha también. Luego vuelve Dolores al centro de la escena y dice a Saluíta, que se distrae bebiendo el vino que no tocó nadie.)

DOLORES. ¿Qué hases sin abrí los labios?
SALUÍTA. ¿Qué tengo de hasé, chiquiya,
má que refrescarme un poco
y descansá una mijita,
y ve cómo te camelan,
te buscan y te codisian?
¡Pa tí es er mundo, Dolores!
DOLORES. ¿Tú qué sabes, Saluíta?
SALUÍTA. ¿No he de sabé, si he pasao
más penas y más faitigas
que estreyas hay en er sielo
y en los males arenitas,
y sé er trabajo que cuesta
triunfá y darse güena vía
como tú?
DOLORES. ¡Figurasiones!
SALUÍTA. ¡Así te tién tanta envidia!
Y hases mu bien, Petenera,
en ser marchosa y artiva,
que mientras que más te engayes
más la gente se te humiya...
DOLORES. ¡Pobre Salú!... ¿Qué te pasa
que estás acaloraíta?
SALUÍTA. ¿Qué me pasa? ¡Lo de siempre!
¡Estoy cansá y aburría!
Tarde y noche en un tablao;
mucho baile, poca «guita»;
er público, que se burla;
los guasones, que nos chiyan;
el empresario, que juye
con la lú si te descuidas,
y que en Pavón hay concurso,
y que hay juerga en er Pardiñas,
o que te yevan ar Sirco
pa que arternes, ¡mare mía!,
con tos los tirititeros
que dan sartos en la pista
y rúean por las arfombras
pa que la gente se ría.
¿Esto es viví, Petenera?
DOLORES. ¡Mala suerte!
SALUÍTA. ¡Y que lo digas!

¡Y has morisquetas y guiños,
y baila chuflas to er día,
pa que te yamen los payos
«bruja», «agüela» y «lagartija»,
y hasta sargan los papeles
disiéndote picardías...
¡Ay, Madrí de mis pecaos,
que de lejos nos hechisas
y cuando nos tienes serca
nos vas quitando la vía!...
¡Madrí, que pa los flamencos
eres la mesma ruina,
y hases mardisión la copla,
veneno la mansaniya,
presiyo suerto er cormao
y yanto las alegrías!...

DOLORES. No reniegues de este pueblo.
¡No hables así, Saluíta!

SALUÍTA. ¿Pos cómo quieres que hable,
si aquí fueron mis desdichas?
Bien que tú, que en los Madriles
fuiste por reina elegía,
jures que Madrí es er sielo;
pero pa mí, Dolorsiya,
es iguá que er purgatorio...
¡Déjame que te lo diga!

DOLORES. ¡Er sielo!... ¿Y aonde está er sielo
que alivie las penas mías?
No hables, Salú, de grandesas,
ni de triunfos, ni de risas,
que la fló más olorosa
yeva en er tayo su espina,
y la naranja más durse
tiene en er sumo la asíbar.
Sielo, er sielo de mi tierra...
¿Cuál tiene más alegría,
y más nácares y platas
cuando er só se despabila
pa ir sobredorando a fuego
lo verde de las espigas,
y más bonitos colores
que de arreboles lo tiñan
cuando el aire es ya sosiego
y la oscuridá delisia?
Pos er sielo de mis campos
perdió sus luses divinas,

y toítos sus resplandores
fueron noche renegría.
Y vine a Madrí, y no supe
si era que yo, Saluíta,
iba huyendo de mi estreya
o era que la perseguía.
En Madrí encontré la carma
y pude viví tranquila...
que si no orvío mi tierra,
mi tierra de mí se orvía.
El aire der Guadarrama,
que es puñalá y es carisia,
secó er yanto de mis ojos,
fuentes amargas y vivas
que no secó con sus rayos
er só de mi Andalusía.
¡Madrí!... ¡Bendito este pueblo
que así acoge, y así alivia!...

SALUÍTA. *(Luego de una pausa, y dando un suspiro.)*
¡Tós tenemos nuestra angustia!
¡Tú la tuya, y yo la mía!

(Entran CARMELA *y* ANTONIO «EL TAPITAS». *Carmela, la mocita que conocimos en el primer acto, hoy bailaora de rumbo, viene vestida con falda de volantes y pañuelo bordado. Antonio le cede el paso en la puerta, y le dice:)*

ANTONIO. Quéate tú con estas dó
mujeres, has er favó,
que yo le voy a desí
a don Paco que está aquí
lo mejó de lo mejó.
(Se va, mientras Carmela avanza y exclama, con sorpresa y arrebato, al ver a la Petenera:)

CARMELA. ¡Dolores!...

DOLORES. *(También sorprendida.)*
¿Carmela?...

CARMELA. ¡Yo,
que tanto a Dió le pedí
de ponerme frente a ti,
que ar fin me lo consedió!

DOLORES. *(Serena.)*
¿Me has buscao?

CARMELA. ¡Sin encontrarte!

DOLORES. ¡Pos soy fási de buscá!

CARMELA. *(Iracunda.)*
¡Es que yo tenía que hablarte
como ahora te voy a hablá!

SALUÍTA. *(Interponiéndose.)*
Pero... ¿os vais a peleá?

CARMELA. *(Rechazando a Saluíta.)*
¡Váyase usté pa otra parte,
que esto no le importa na!

(Saluíta, asustada, se escurre, yéndose por el foro, y Carmela sigue, dirigiéndose a Dolores:)

¡Lo que es la casolidá!
¡Esta ve tuvo güen arte
pa hasernos emparejá!

DOLORES. *(Altiva, al comprender la intención de Carmela.)*
Tocante a mí, yo no tengo
que hablá na con tu persona.

CARMELA. ¿Briya tanto tu abolengo
o es tan arta tu corona
pa no podé platicá
con quien es tu compañera?
¡Está bien postineá,
pero no tan artanera
que yegues a avasayá!

DOLORES. Tú eres... Carmela.

CARMELA. ¿Na má?...
¿Y tú, quién?

DOLORES. ¡La Petenera!
¡No lo tengas de orviá!

CARMELA. ¡Pos vamos de iguá a iguá!

DOLORES. ¿Y cómo?

CARMELA. De esta manera:
Yo soy esa bailaora
que le disen «La Bisnaga».

DOLORES. ¡Pos güen provecho te haga!

CARMELA. Y, artista o no artista, ahora
no soy má que una mujé
que, por tu curpa perdía,
de tu boca quié sabé
qué hisiste del hombre aqué
que er corasón me ensendía
en luses de amanesé
y en fuegos de mediodía.

DOLORES. ¿Joseíto?

CARMELA. ¡Mi José,

que, por tu mala partía,
dió, er pobre, en enloquesé
hasta rematá su vía
de su propia mano un día!

DOLORES. ¡Y qué le vamos a hasé!
¿Es que yo se lo pedía?
¡Pos naíta tengo que ve!

CARMELA. *(Con rencor.)*
Segao y enloquesío
por ti, por ese veneno
de que siempre estuvo yeno
tu corasón mardesío,
cuando ya tuvo gosao
lo que, ansiosa, le entregué,
pa cumplí con er mandao
que le hisiera tu Manué
ar mirarse encarselao
por causa de tu queré,
dando a Carmela de lao
se fué a tu vera, mujé.
¡Y a tu vera lo tuviste!

DOLORES. ¡Sin que yo fuera a yamarlo!

CARMELA. ¡Pero na má de mirarlo
lo hechisaste y lo perdiste!
(Uniendo al rencor la envidia de mujer celosa.)
¡Si es tu sino, Petenera,
que seca tó lo que toca!
¡Si es el aliento e tu boca,
la harbeliá paripera
que arrebata y que provoca
ar que se aserca a tu vera!
¡Si es tu risa, y es tu pelo,
y er junco de tu sintura,
y esa infierna morenura
que es pa los hombres ansuelo,
borrachera y amargura!
¡Si es er mardito espejuelo
con que rebriyan de selo
tus ojos de calentura,
y er fleco de tu pañuelo,
y er vendavá de locura
que, de tu farda ar revuelo,
la perdisión asegura
der que, soñando en er sielo,
camina a su seportura!...

DOLORES. ¿Y es envidia, o caridá?
¡Que a mí lo mismo me da!
¿Yo qué le tengo de hasé?
Er que me hiso así, sabrá
la rasón de su por qué;
¡ni yo se la pediré,
ni me hase farta pa na!
Dió, que los ojos me abrió
dándoles su resplandó,
me los sierre cuando quiera
o como quiera; yo, no.
¡Que, con lú o con seguera,
es poco la Petenera
pa enmendá la plana a Dió!
Que Er me quiebre la sintura,
y blanquee mi morenura,
y en la negró de mi pelo
ponga más nieve y más yelo
que en la montaña más dura
que arse su cresta hasta er sielo;
que de mi farda ar revuelo
le humiye la engayaúra,
y arborote la postura
der fleco de mi pañuelo,
pa haserlo crespón de duelo
y no cairel de locura.
Ya te lo he dicho, mujé;
¿yo qué le tengo de hasé?...
¿Pedirle a Dió que esbarate
lo que me dió su podé?...
¡Pos, mientras Er no lo trate,
como fuí siempre, seré!
¿Er me hiso así? ¡Que Er me mate
y que me amase otra vé!

CARMELA. ¡No sé má que ér me quería
y me abandonó por ti!

DOLORES. En to caso, quié desí...

CARMELA. ¡Que envenenaste su vía!

DOLORES. ¡O que, seca y consumía,
estaba a fló la raí
der queré que te mentía!
¿En dónde mi curpa está?
Er fué quien me persiguió,
fartando así a la leartá
en que Manué confió;
de sus quereres me habló;

yo no le escuché enjamá...
Y él a pedí, yo a negá,
¡ni tanto así consiguió
rendirme la voluntá!

CARMELA. ¡Pero por ti se mató!

DOLORES. ¡Pos pides cuentas a Dió,
si a tanto quieres yegá,
Carmela, que lo que es yo
no te las pienso de da!
¡De to er mundo menos de e,
que fué quien pudo sarvarme
y empesó por empujarme
a lo que no debió sé!
Pero pa aqueya pasión
yo tuve siempre mi orguyo,
mi capricho... ¡o la rasón
de no quitarte a traisión
al hombre que ya era tuyo!
¿Quieres más satisfasión?
Yo mando en mi corasón.
¡Mande ca cual en el suyo!

CARMELA. ¿No fuiste de él, y has podío
serlo de to er que ha yegao
a tu vera, y te ha querío?

DOLORES. *(Con magnífica soberbia.)*
Si he roao o no he roao;
si quise o he aborresío;
si fuí güena o he pecao,
ese ya es asunto mío;
¡que yo no te he preguntao
cuántos hombres han sabío
cómo yevas abrochao
los broches de tu vestío!
¡Conque habemos acabao!

CARMELA. ¿Acabá?... ¡No acaba aquí
er sino que te acompaña,
ni esa ponsoña que así
se te sale de la entraña
y envenena al infelí
que en cuanto se aserca a ti
tiene lo que más le daña
y más le da que sufrí!

DOLORES. ¡Márchate ya, traisionera,
que no sé yo a lo que vino
dejá que estés a mi vera!

CARMELA. Me voy; pero considera

que no cambiará tu sino
si Dió no tuerse er destino
que ar nasé te consediera.
Y si er tiempo, en su carrera,
me trajo hasta tu camino...
que pase lo que Dió quiera;
¡que yo me hundo y me arruíno
pa hundirte a ti, Petenera!
(Carmela se marcha, ciega de cólera, y Dolores, sola en escena, dice con gran desfallecimiento.)

DOLORES. ¡Otra vé con mi agonía!
¡Otra vé to lo pasao
sercándome, mare mía!
¡Er sielo que paresía
de estreyas iluminao
en la noche de mi vía,
otra vé se me ha nublao!
¡Negra historia mardesía
que no se va de mi lao!
¡Mi tierra me habrá orvidao,
pero er rencó no me orvía!
(Llega PACO, *y desde la puerta dice a Dolores:)*

PACO. Oye, ¿vienes o no vienes?
(Dolores calla, y Paco avanza y advierte la angustia de la Petenera.)
¿Cómo?... ¿Lloras, Petenera?...
(Ante el silencio de ella, le coge las manos, entre las que Dolores oculta el rostro.)
Pero... ¡dime lo que tienes
pa llorar de esta manera!
¡Chica, si estás como el hielo!...
(Intranquilo, se dispone a llamar.)
¡A ver!... ¡Parrita!... ¡Cualquiera!...

DOLORES. *(Conteniéndole y procurando serenarse.)*
No armes, Paco, ese revuelo...

PACO. ¿Qué te pasa?

DOLORES. ¿Qué va a sé?...
Que me arrebato y me enselo
pensando en cosas de ayé,
y er yanto a mis ojos yega
sin poderlo contené.

PACO. *(Incrédulo y mirándola a los ojos.)*
¿Es que la pasión me ciega,

o es que me dice tu llanto
lo que tu boca me niega?

DOLORES. ¿Qué pasión te da quebranto,
ni qué soy yo en tu sendero
pa que te apasiones tanto?

PACO. *(Con cierta vehemencia.)*
Tú eres pa mí... ¡el mundo entero!

DOLORES. *(Queriendo echarlo a broma.)*
¡No esageres, arma mía!

PACO. ¡Te juro que no exagero!
(Exaltándose poco a poco, aunque sin perder su empaque de hombre sereno.)
¡To lo eres tú!... ¿Quién diría
que tan pronto te llevara
en el corazón metía?
Al ver el llanto en tu cara
quisiera abrasarte a besos
pa que antes se te secara,
y ya mi carne, y mis huesos,
y mi sangre, y mis sentíos,
que están en tus ojos presos,
sueñan con que estén uníos
y ardiendo en la misma hoguera
tus suspiros y los míos.

DOLORES. *(Con una gran tristeza.)*
¡Caya, Paco, que quisiera
irme a argún sitio der mundo
aonde estas cosas no oyera!...
Que en er poso más profundo,
o en la cárse más oscura,
o en el rincón más inmundo,
to se gorviese hermosura,
y resplandó de lusero
y de asusena blancura
si nunca oyese er; «¡Te quiero!»,
que es la mardisión bravía
de mi sino traisionero...

PACO. No tengas esa porfía,
que hasta el sitio en que luciera
tu garbosa gallardía,
por desierto que estuviera,
alguien de lejos llegara
pa quererte, Petenera.

DOLORES. ¡Ajolá Dió me matara,
o socarrase mi boca,
o los ojos me segara!...

¡Mira que ya me tié loca
pensá que sólo mi aliento
envenena lo que toca!
¡Bórrame der pensamiento:
¡Huye, Paco, por piedá!
Líbrate de mi tormento,
que la Petenera está
pa cantarle ar que le paga
y pa eya, a solas, yorá!

PACO. *(Con cariñoso énfasis.)*
Déjame tú que yo haga
lo que me traiga alegría;
¡lo que más me satisfaga!
¡Si no hay más triste agonía
que mirarte en un tablao
vendiendo tu bizarría!
Más de una vez he pensao
arrancarte de esa gente
pa que vengas a mi lao...
Yo soy... un hombre corriente;
ni marchoso, ni castizo,
ni flamenco, ni valiente...
¡Yo soy como Dios me hizo!
En mi negocio me afano,
y al trabajo me esclavizo,
y vivo de lo que gano,
y, lo mismo que a cualquiera,
me gusta, si viene a mano,
divertirme a mi manera,
oir unas coplas, beberme
unos chatos de solera,
y, después de distraerme,
dormir en casa tranquilo
y a mis anchas, como duerme
quien no tiene el alma en vilo,
ni conoció en esta vida
penas de ningún estilo,
ni hizo una mala partida...
Esto tengo; esto te doy...
¡Tú serás la que decida!

DOLORES. *(Embelesada y temerosa al mismo tiempo.)*
Pero... ¿tú sabes quién soy?

PACO. ¡La que me quita el sosiego
por donde quiera que voy!

DOLORES. ¡No hables, Paco, que estás siego!
Hoy podrá sé lo que dises...

¿Pero qué iba a pasá luego,
si esto echara más raíses?

PACO. ¿Qué importa? ¡Pa mi no habrá
más tierra que la que pises!

DOLORES. Te engaña la voluntá,
y, ar remate, la seguera
er tiempo te curará...
y yo, Paco, no quisiera
que dieses otro doló
a la pobre Petenera.
Deja que me yeve Dió,
y que Er te dé la alegría
que no sabré darte yo.
Juntá tu suerte a la mía
será hundirte en los sarsales
que me tienen malhería,
y padesé tós los males
que vienen siempre conmigo,
y rodá por los fangales...
¡Y por mi mare te digo
que yo no quiero que yores,
porque has sío güeno conmigo!

PACO. *(Apasionado.)*
¡Pues yo cubriré de flores
las zarzas de tu sendero
pa que pase mi Dolores!
¡No sé na más que te quiero,
y que contigo tendré
lo que de la suerte espero!...

DOLORES. *(Vacilante.)*
Pero esto, Paco, ¿pué sé?
¿Vas a darme una ilusión
pa quitármela despué?...
¡No tengas mar corasón!
¡Mira que, oyéndote hablá,
paese que la mardisión
que acompañándome va
se deshase, y tengo mieo
de empesarme a confiá,
porque ya no sé si pueo
esperá que un arma güena
venga a cumplí mi deseo!

PACO. ¡Bendígate Dios, morena,
y que Él me ayude a quitarte
los recuerdos de tu pena!
(Abrazándola.)

¿Quién podrá ya separarte
de estos brazos, que tenían
tantas ganas de abrazarte,
y que en sueños te cogían
y, con angustias de muerte,
temblorosos te oprimían?
¡Ya sólo pienso en quererte!
¡Vamos a ver, Petenera,
si pueden más que la suerte
los brazos de un hombre honrao
que son lo bastante recios
pa sostenerte a su lao!
¡Deja que digan los necios,
y que te finjan desdenes
y que pregonen desprecios!
¿Qué te importa, si ya tienes
hombre que mire por ti?

DOLORES. ¡Paco, por Dió!...

PACO. Y ahora vienes
conmigo, y entras ahí,
y cantas una ves más
pa que te oigan los demás.
¡Que yo lo he dispuesto así,
porque luego cantarás
únicamente pa mí!
(Ya junto a la puerta.)
¿Vienes, Petenera?...

DOLORES. *(Resolviéndose, después de una última vacilación.)*
¡Sí!
Pero... ¡no orvíes jamás
lo que te voy a desí!
Si quiés haserme felí...
¡no güervas la vista atrás!

(Se van Dolores y Paco. La escena queda un momento sola. Llega luego, sigilosamente, ANTONIO EL TAPITAS *que trae, ocultas bajo la americana, dos botellas de vino y un paquete que se supone contiene comestibles. Guarda este paquete en uno de sus bolsillos, y coloca con mucho cuidado las botellas debajo de un velador. En esta faena le sorprende* PARRITA, *que entra de puntillas y cae sobre Antonio, cuando éste se halla aún agachado en el suelo.)*

PARRITA. ¡Te cogí!

ANTONIO. *(Volviéndose, asustado, e incorporándose.)*
¡Parrita!

PARRITA. ¡Valiente seniso!
¿Con que aquí has instalao tu bodega?...
¡Trae pa acá ese vino!...

ANTONIO. Pero, hombre, ¡no tengas
malitas sentrañas!
¿Qué te importa que yo me lo yeve
si hay quien te lo paga?

PARRITA. ¡Suerta las boteyas,
y anda pa la caye,
y no orvíes que a mi, en esta casa,
no me la da naide!
(Le coge las botellas.)

ANTONIO. *(Suplicante.)*
¡Por tu salusita,
deja que las coja!
¿No ves tú que boteya que piyo,
boteya que cobras?...

PARRITA. ¡Hombre, qué grasioso!
¡Ya te estás largando!
¡Güeno está que te vengas, ensima,
con esos mandaos!

ANTONIO. ¿Y a quién perjudico,
si mientras se sacan
más boteyas de vino de presio
más gana la casa?

PARRITA. *(Empujando a Antonio hacia el foro.)*
¡Márchate, Tapitas!

ANTONIO. *(Resistiéndose a irse.)*
¡Hombre, has er favó!...

PARRITA. *(Que ha llevado a Antonio hasta la puerta.)*
Pero, ¡niño!, ¿si tú te las yevas,
qué me guardo yo?
(De un último empujón hace desaparecer al «Tapitas», y dice luego, examinando los marbetes de las botellas.)
¡«Fino Gaditano»!
¡No sabe elegí!...
¡Viene ca sinvergüensa a estos sitios
que arde en un candí!

(Llega MANUEL*. No es ya el mozo pinturero del primer acto, sino un hombre al que la vida áspera curtió y castigó. Ropa modesta y*

usada, pañuelo al cuello, a guisa de corbata, y un viejo sombrero ancho que le ensombrece el rostro, en cuyo tono moreno se advierte la palidez de un largo encierro. Se detiene en la puerta, y pregunta a Parrita.)

MANUEL. ¿No está aquí la Petenera?

PARRITA. Ahí en otro cuarto está.

MANUEL. *(Avanzando.)*
Pos dile que sarga afuera,
que arguien la tiene que hablá.

PARRITA. Pero... ¿y si eya no quisiera?

MANUEL. *(Secamente.)*
Tú se lo dises, y en pa.
Conque «sonsi» y aligera.
(Intimidado por el tono imperioso de Manuel, Parrita marcha a cumplir el encargo. Manuel, impaciente y nervioso, pasea por la escena, se acerca a la mesa del centro, coge uno de los chatos abandonados allí, lo bebe de un trago y sigue en su espera. DOLORES *aparece en la puerta del cuarto y pregunta, extrañada:)*

DOLORES. ¿Quién yamaba?

MANUEL. *(Yendo hacia ella.)*
¡Yo!

DOLORES. *(En un grito en el que se mezclan la alegría, el dolor y la sorpresa.)*
¡Manué!...
(Y, tapándose el rostro con las manos, como si fuera a caer desvanecida:)
¡Josú!...

MANUEL. *(Abrazándola poderosa y ávidamente, y con palabras cálidas, sin gritos, como deslumbrado.)*
¡No me hables ahora!
¡Pa to habrá tiempo después!
¡Que mi sangre buyiora
na más quiere, en esta hora,
matarte a besos, mujé!

DOLORES. *(Espantada.)*
¡Manué!...

MANUEL. Sentí la caló
de tu cazne y de tu aliento;
emborracharme en tu oló;
gosá con ese tembló

que es mi gloria y mi tormento;
segá con tu resplandó;
sentí con tu sentimiento;
meté en mi pecho er só,
y, de tus besos sediento,
con hambre, goso, y doló,
y escalofrío, y lamento,
pa que ya tuyo der to
sea mi úrtimo pensamiento,
¡queré que en este momento
me quite la vía Dió!
(Lleno de pasión.)
¡Así, Dolores! ¡Fundíos,
sin que nos separe na!
Voluntá con voluntá,
y latíos con latíos,
y, en el ascua encandilá
de tus labios ensendíos,
¡el ascua misma que está
achicharrando los míos!

DOLORES. *(Aún temblorosa de emoción.)*
¿Pa qué has güerto?

MANUEL. ¡Pa quererte
mejó y con más podé!
Pa arruyarte, pa morderte...
¡pa lo que quieras, mujé!
¡Pa la vía o pa la muerte!

DOLORES. *(En avergonzada confesión.)*
¡He sío mala!

MANUEL. ¡Cáyate,
que a mí no me importa na!

DOLORES. ¡Por tós los fangos roé,
y en tós me he visto manchá!
(Lo dice en pleno sollozo, como quien huye, y, a la vez, pide perdón. Manuel, con ternura y rabia a un tiempo, la levanta, le seca las lágrimas, la atrae hacia sí y le habla con honda y desgarrada emoción.)

MANUEL. ¡Coraje tiene Manué
pa poderte alevantá!
¡Cuánto contigo he soñao
en lo oscuro de la trena!
¡Qué ansiosamente he contao
las horas de mi condena,
y cómo he traganteao

las retamas de mi pena,
y con qué rabia he yorao
por tu carita morena
ar compá de la caéna
que me tenía amarrao!
Mi delito no era na;
pero lo hiso redoblá,
pa que mejó lo purgara,
aqueya mala aratá
con aquer cabo de vara
que me quiso avasayá
y por mi mano tan cara
fué su bravata a pagá,
que lo que na debió sé,
pagando por sus cabales,
¡en sinco añitos mortales
se me vino a recresé!
¡Qué de horas pasás en vela,
sin más lú ni más consuelo
que las clemensias der sielo
y la vo der sentinela!
Te yamaba y no te vía,
y er corasón, esbocao,
con tu recuerdo enselao
en yanto se me erretía.
Sin contené ni un soyoso;
sin darle escape a una queja;
a toas horas caviloso;
clavao entre seja y seja
tu recuerdo doloroso;
crusificando mi goso
en las cruses de la reja
de mi oscuro calaboso,
y sin encontrá regate
que, dándole a to remate,
me arregostara pa huí...
«¡cuántas noches sin dormí,
sentaíyo en mi petate
y acordándome de ti!»
De aqueya noche, Dolores,
que en medio de los trigales
fueron pa mí toas tus flores,
y yo te di mis ardores...
y eran tus ojos puñales
que de luses me bordaban,
y en tus ojos brincaores

las estreyas se copiaban,
y yo sentía el oreo,
en mis caznes abrasás,
de aquer vivo abaniqueo
de tus pestañas risás,
y en to mi cuerpo la hoguera
en que se abrasaba er tuyo,
¡y en mi sentío tu arruyo
de paloma marchenera!...
Con er corasón partío,
pa darme más sufrimiento
y dejarme consumío,
¡cuántas veses he sentío
aquer estremesimiento
que pone en la cazne frío
y brasas en el aliento!
¡Esto que ahora mismo siento
pasá de tu pecho ar mío!

DOLORES. ¡No pué sé!

MANUEL. ¿Tú me lo dises?

DOLORES. ¡No pué sé!

MANUEL. ¿Por qué rasón?

DOLORES. ¡Porque fuí tu perdisión!

MANUEL. ¡Pos arranca las raíses
que echaste en mi corasón;
písalo, y cuando lo pises
pa darte satisfasión,
aunque cachitos lo hisiera,
y a los perros lo tirara,
y en un garfio se vendiera,
los cachitos ajuntara
pa que otra ve los pisara
er pie de mi Petenera!

DOLORES. ¡He sío mala!
(Rectificándose, llena de amargura.)
Pero... ¡no!
Fueron los otros; ¡la vía,
Manué, que me acorraló
cuando de la vera mía
mi sino malo te echó!
Le di a la vía lo que eya
a traisión me preparaba
pa hundirme, la noche aqueya
en que tu mare me echaba
der techo que me amparaba,
sin que en eya hisiese meya

to lo que a sus pies yoraba.
Aquí caigo; más ayá
me alevanto como pueo;
en este sarsá me enreo;
me encharco en aquer fangá...
y en mí misma, ¡en to!, no veo
más que tinieblas, y mieo,
y agonía, y soledá.
En er camposanto entré,
por ve si la mare mía
como me pudiera ve
de mí se condolesía;
¡pero no me oyó, Manué!
Y si era eya y no me oía,
¿quién me iba a compadesé?
¿Deshonrá?... ¡Pos a gritarlo!
¿Era mala?... ¡Pos a serlo!
¿Sin pan me quedé?... ¡A ganarlo!
¿Vale mi cante?... ¡A cobrarlo!
¿Piden mi cuerpo?... ¡A venderlo,
o a hundirlo, o a regalarlo!
Que mientras más me apartaba
der recuerdo de aquer día,
más mi corasón yoraba...
¡pero también paresía
que a otro viví renasía
y lo pasao se enterraba
pa no gorvé ya en la vía!
Y aquí está mi historia entera;
te la he querío confesá
como si a morirme fuera...
Quien su honra te supo da,
sien veses más te la diera,
pa que tu queré pudiera
o ponerla en un artá
o echarla a una gusanera.
¡Y mira de qué manera
te güerves hoy a encontrá
a tu pobre Petenera!...

MANUEL. ¡Cáyate, que me asesinas
y me presisa er viví!
¡Cáyate, que esas espinas
las arrecojo pa mí,
y te traigo melesinas
de besos, que no imaginas
cómo nos van a fundí!

DOLORES. ¡To se lo yeva el orvío!
(Vencida por la pasión, y abrazada a Manuel.)
¡Corona es ya mi tormento,
mi esclavitú, poderío,
y mis ruinas, simiento
der castiyo más bravío
que eche bravatas ar viento!...
¡Tu sentío en mi sentío,
y con tu aliento mi aliento!...
(Separándose de Manuel para alzar las manos al cielo y exclamar, en un sollozo:)
¿Pero esto es verdá, Dió mío?
(Llega PACO *y dice a la Petenera:)*

PACO. Vamos, Dolores; ven ya,
que ahí dentro la gente está
consumía de impaciencia.
(A Manuel, cortésmente.)
Y usté dispense.

MANUEL. *(Con sequedad.)*
¡De na!

PACO. *(Sorprendido por el tono de Manuel, y dirigiéndose a Dolores:)*
Digo... ¿estorba mi presencia?

MANUEL. ¡Una cosa regulá!

PACO. *(A Manuel, sin arrogancia, pero con energía.)*
Esto no es de su incumbencia;
conque sobra la advertencia.

MANUEL. *(Resueltamente.)*
¡Esta mujé no se va!

PACO. *(Con madrileñísima zumba.)*
¿Lo ha dispuesto su excelencia?...

MANUEL. ¡Lo ha mandao mi voluntá!

DOLORES. *(Angustiada.)*
¡Manué!...

PACO. *(Serenamente, a Dolores.)*
¿Qué es esto?

DOLORES. ¡Por Dió!...

PACO. ¿A qué has venido tú aquí?

MANUEL. Porque un hombre la yamó,
y eya a su encuentro salió.

PACO. ¡Na de eso me importa a mí!
(A Dolores, cogiéndola de un brazo:)
¡Vente!

MANUEL. *(Interponiéndose:)*
¡Le he dicho que no!
PACO. ¡Pues yo le digo que sí!
Y si busca usté pelea
pa que una mujer se asombre,
y se eche a temblar, y vea
que merece usté renombre
de flamenco que gallea,
aguárdese... y no se crea
que a mí me da miedo un hombre
por muy flamenco que sea.
DOLORES. ¡No, Paco, que yo no quiero
que haya custiones por mí!
PACO. Ni yo soy un pendenciero
que vaya a jugarme así
la vida con el primero
que pase por baratero
y se me presente aquí...;
pero a nadie le tolero
que se me ponga altanero
ni que mande sobre ti.
MANUEL. ¡Mando yo!
PACO. ¡No puede ser!
¡No admito que a esta mujer
venga a mandarla cualquiera!
Eso habrá sido hasta ayer...
Desde ahora hay que proceder
de muy distinta manera...
Así que no arme quimera,
y deje el agua correr.
MANUEL. *(Acercándose a Paco, para decirle, con áspero acento.)*
¡Pregunte a la Petenera
si yo tengo o no poer
pa sujetarla a mi vera!
Eya, puesta ante los dó,
es la que ha de contestá
si manda osté o mando yo;
pero tengo que aclará
que es completamente iguá
que diga: «Sí», o diga: «No»,
porque me la he de yevá,
tan fijo como hay un Dió
que mirándonos está.
PACO. ¿Y tiene usté algún derecho?

MANUEL. *(A Dolores, con forzada risa.)*
¡Aún lo pregunta, Dolores!
¡Cuéntale tú lo que he hecho
con tos los negros rencores
que me abrasaban er pecho!
(A Paco, resueltamente.)
¡Esta mujé es pa mí!
¡No vamos a discutí
osté y yo de iguá a iguá,
porque no pueo armití,
despué de tanto pená,
que me la quieran quitá!

PACO. *(Serenamente.)*
Eso que dice usté aquí,
luego lo repetirá.

MANUEL. ¡Si no es custión de reñí!...
Aunque lo mismo me da;
que der presiyo salí,
y está mi caena ayí,
por si hase farta, guardá.

DOLORES. ¡Manué!...

MANUEL. *(A Dolores.)*
Abajo te espero.
(A Paco.)
Me voy de aquí, porque quiero
que eya, por su gusto, sea
quien sarga de este sendero
pa seguí por mi verea,
y pa que osté también vea
que no soy un baratero
que viene a buscá pelea.
¡Yevármela es lo primero!
Después... a su antojo quea
encontrá en su reñiero
a un flamenco que gayea
delante der mundo entero.

PACO. ¡Cuando usté diga!

MANUEL. ¡Ahora, no!

DOLORES. *(Entre ambos.)*
¡Paco!... ¡Manué!... ¡Por favó!...

MANUEL. No tiembles, que no hay por qué.
(A Paco.)
¿Hoy reñí?... ¿Hoy, que va a se
cuando sienta la caló
que tan de menos eché?...
¡Carma, que hay tiempo pa tó!

Eya se quea con osté...
y eya le va a convensé
de que er que manda soy yo.
(A Dolores.)
Abajo espero, mujé.

(Se va Manuel con mucha tranquilidad. Dolores queda un momento indecisa entre seguirle o no, y antes de que pueda resolverse le habla Paco.)

ACO. Véte con él, si es verdá,
y que Dios, en su bondá,
premie de alguna manera
esta obra de caridá
que iba a hacerte, Petenera;
pero si el hombre ha mentío,
dílo; que Paco te jura...
¡por tí!, que ese malnacío
de la cárcel ha salío
pa dar en la sepultura.

OLORES. Déjame, Paco, salí...

ACO. *(Abrumado.)*
¿Luego tó era cierto...?

OLORES. ¡Sí!
¡Que por argo er corasón
me estaba anunsiando a mí
una nueva perdisión!

ACO. ¡No disimules así,
Dolores, tu condición!
Si como orgullo tenías
el ser mujer de bandera
y hacer de tus gallardías
cimbel con el que atraías
a los hombres, Petenera,
pa gozarte en su ceguera,
¿por qué razón maldecías
de tu vida lastimera?
¿Por qué cuando te has metío
en mi pecho, y has sentío
que un corazón de hombre honrao
llevaba en cada latío
ternezas de enamorao
pa tu nombre bendecío,
después de alentar su brío
de un golpe lo has destrozao?
¿Por qué dejaste que, ciego,
fuese perdiendo el sosiego

junto a tu carne morena,
si ibas a dejarme luego
a solas con esta pena
que ya va a ser mi cadena,
y abrasándome en el fuego
que me asfixia y me envenena?
¿Te hice daño, o te ofendí,
pa que me trates así
y pa que encuentres placer
en destrozar un querer
que, ilusionao, te ofrecí?
¡Si me ibas a aborrecer,
debiste, al menos, tener
compasión... que yo no fuí
tan malo pa ti, mujer!

DOLORES. No me hables de esa manera,
y ten pa mí caridá;
déjame que sarga afuera...
y orvía a la Petenera,
que tanta desgrasia da
ar que pasa por su vera...
Ese hombre que espera ahí
tié to er mando sobre mí.
¿Pa qué lo voy a negá?
Yo le quise... y lo perdí.
Por no mirarme humiyá
fué a la prisión condená
de aonde acaba de salí,
y de aonde viene a buscá
er queré que le ofresí...
¡Y se lo tengo que da!

PACO. ¡Calla!

DOLORES. ¡Mira si es tormento
renunsiá de un gorpe a tó
lo que soñé hase un momento,
porque tu bondá le dió
alas a mi pensamiento!...
Pero to fué en barde; vino
Manué, y ya está mi sino
empujándome a su vera,
y güervo a se peregrino
que va por la carretera
arrastrao por su destino.

PACO. ¿Y te vas de esta manera?

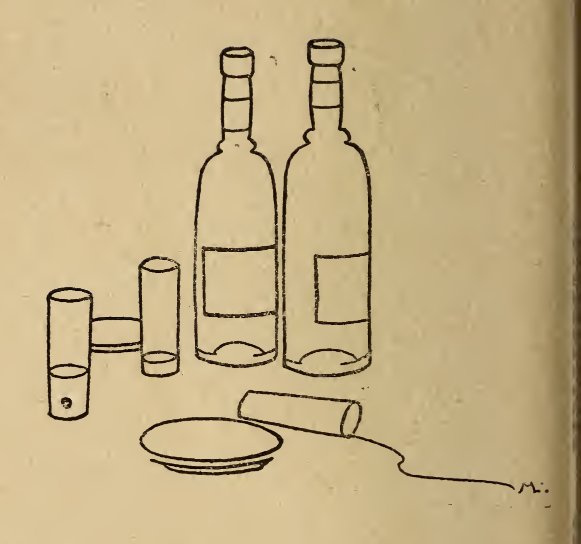
DOLORES. Lo quiere er Podé divino...
¡o mi suerte revesera!

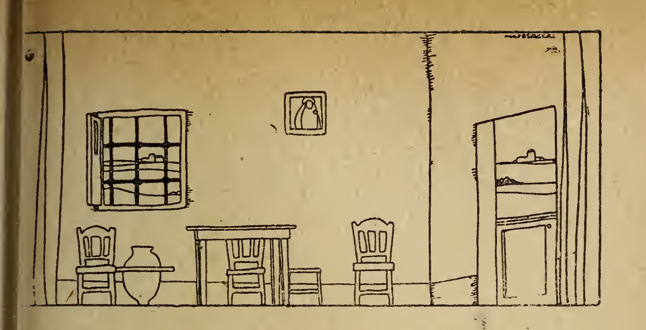
). *(En un doloroso desgarramiento.)*
¿Quién te puso, Petenera,
en mitá de mi camino?
¿Qué vendaval te empujó
en tu carrera hasta aquí?
¿Qué locura me cegó,
ni a quién mi afán ofendió?
¿Por qué un hombre manda en ti,
si no puedo mandar yo?

(Paco, vencido y deshecho, ha caído en una silla, y está de bruces sobre la mesa central. Dolores le contempla con infinita lástima, y dice, mientras inicia el mutis hacia el foro:)

ORES. Huyo de tí, que a mi vera
la fló se cambia en espino,
y la brisa en torvanera,
y en yelo la Primavera,
y en lamentasión er trino
de la alondra mañanera...
Y será que Dió no quiera
que er doló de mi destino
en er corasón te hiera...
(Ya en la puerta, en un largo sollozo, y mirando por última vez a Paco.)
¡Negra suerte y negro sino!
¿Quién te puso, Petenera,
en mitá de su camino?...
(Huye por el foro mientras cae el telón.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO





ACTO TERCERO

(Han transcurrido varios meses desde los incidentes desarrollados en el acto segundo. El tercero tiene por lugar de acción la humildísima casa que en las afueras de Sevilla, en las rientes márgenes del río Guadaira, habitan "la Petenera", Manuel y los padres de éste. Una habitación modesta, de encaladas paredes y piso de losetas. Al foro, una ventana con reja, a través de la cual se ve un bello trozo de paisaje, con los recios álamos bordeando el río, casitas diseminadas en la lejanía y el claro y transparente cielo andaluz. A la izquierda, una puerta que conduce al exterior, y a la derecha, otras dos, que llevan a las demás habitaciones de la casa. Entre estas dos puertas de la derecha, colgado de la pared, un pequeño armario o alacena. Muebles muy pobres, y en todo mucho orden y limpieza.

Está amaneciendo cuando se levanta el telón. La escena se halla aún en sombras; pero ya, hacia el foro, el cielo empieza a iluminarse con los primeros resplandores del sol. La luz irá creciendo poco a poco, de modo que a la tercera escena lo invada todo con su claridad y su alegría. DOLORES LA PETENERA está sentada en una silla, junto a la ventana, en actitud pensativa y como en un total abandono de sí misma. Viste ropas sencillas, y aunque ya no cuida el aliño de su persona, conserva la frescura de su belleza joven. Hay una pausa, y se oye dentro, hacia la derecha, la voz de MIGUEL CRUZ, que llama:)

MIGUEL. ¡Dolores!...

DOLORES. *(Con sobresalto, y como saliendo de un sueño.)* ¿Qué manda usté?

MIGUEL. ¿Cómo estás ya alevantá,
con lo trempano que e?

DOLORES. Me gusta ve clareá...
(Pausa.)

MIGUEL. ¿No vino toavía Manué?...

DOLORES. Carculo que ahora vendrá.

MIGUEL. ¡Por vía e Dió!... ¿Aónde estará?...

DOLORES. ¡Cuarquiera sabe, Migué!...
(Otra pausa.)

MIGUEL. ¡Güerve a acostarte, mujé!...

DOLORES. Hay mucho que trajiná...

MIGUEL. Te sobra tiempo despué...

(Deja de oírse la voz de Miguel. Dolores se ha puesto en pie, y ha ido a asomarse a la ventana, hundiendo los ojos en la lejanía, donde ya se enciende el resplandor mañanero. Asida a los hierros de la reja, mira ansiosamente al campo, como si quisiera bañarse en la luz clara del amanecer, que va alegrándolo todo. Y habla a solas, cual en un doloroso éxtasis.)

DOLORES. Ya van los claros der día
sobre la tierra bordando
la lú de la amanesía...
¡To güerve a sé lo que era!
¡Er tiempo para su vuelo
na más pa ti, Petenera!
¡To es lo mismo y to ha cambiao!
¿Qué mardisión va conmigo
que en sangre miro manchao
er cristá del agua pura,
y el aire es pa mí veneno,
y la tierra seportura,
y hasta los chopos der río
paresen sirios, velando
los duelos der pecho mío?
Pajaritos mañaneros
que dábais con vuestro canto
despedía a los luseros;
corriente clara der río,
seportura de mis penas
y de mis ansias navío...:
¿mi pena no os dise na,
que publicáis alegría
y me estáis viendo yorá?
¿Es que na vale la queja

de una mujé soyosando
en los jierros de una reja?
¡Pos núblate, sol bravío!;
¡cayá, pájaros der viento,
y haste yanto, agua der río!
Hay argo que está asechando...
¿Güeno, o malo?... ¡Naide sabe
er cómo, er dónde, ni er cuándo!
Tarde pa lo güeno é;
y si lo malo me busca...
¡que venga ya de una vé,
porque, de cuarquié manera,
y en este o aquer camino,
ar rematá la carrera
tiene decretao mi sino
que en yanto de carselera
yegue a envenená su trino
mi cante por petenera!...

(Dolores guarda silencio. Por la derecha, primer término, sale MIGUEL CRUZ. *Viene embotado aún por el sueño, en mangas de camisa, ciñéndose la faja y con la chaqueta bajo el brazo.)*

MIGUEL. *(Al salir.)*

Mujé, ¿por qué eres así?
Son ganas de padesé
pasarte la noche aquí
esperando a este Manué...
¡que no acaba de vení!

DOLORES. Dormí un rato.

MIGUEL. ¡Poco ha sío!
Ya hay tiempo que te he sentío
salí de la habitasión.
Y... ¡a ve lo que has conseguío
dándote ese madrugón!
¿Es que porque te alevantes
a media noche, y te plantes
oriya de la ventana
esperando la mañana
yegará Manolo antes?...

DOLORES. ¿Qué más da? Siempre er que espera
tiene, ar menos, la alegría
de una esperansa cuarquiera.

MIGUEL. ¡Dichosa tú, Petenera,
que esperas argo toavía!

DOLORES. *(Con amarga sonrisa.)*
¿Yo esperar?...
MIGUEL. *(Como hablando consigo mismo.)*
¡Esa criatura
ni se enmienda, ni se cura!...
¡Er presiyo condenao
nos lo dejó envenenao,
y ya no tié compostura!
Se le emponsoñó la vía
en lo oscuro de la trena,
y tié el arma enduresía
por la señá mardesía
del jierro de su caéna.
¿Aónde va a dí mi chiquiyo,
si tós se creen con derecho
a ajondá con er cuchiyo
en la cazne de su pecho...
por sé cazne der presiyo?
Y así le ves siempre ar moso,
juyendo a la lú der só...
¡Na má de noche tié goso!
¡Qué adentro se le metió
lo negro der calaboso!
DOLORES. Deje, Migué, que, ar remate,
na se logra con que trate
de remediá lo pasao...
¡Lo que Dió ha sentensiao
no hay mano que lo esbarate!
MIGUEL. *(Poniéndose la chaqueta, y haciendo un gesto de energía, como para disipar los malos humores.)*
¡Tiés rasón! ¡A la tarea!
Dame el armuerso... si quea.
DOLORES. *(Mientras saca de la alacena una botella de aguardiente y una copa.)*
¿Se marcha usté?
MIGUEL. ¡Ya lo creo!
¡Así que no hay un paseo
dende aquí hasta la Alamea!
(Bebiendo de un trago la copa que le sirve Dolores.)
¡Superió!... ¡Vamos pa er tajo!...
DOLORES. Da pena dirse ar trabajo
de esa manera, Migué.
MIGUEL. *(Con resignación, y en tono humorístico.)*
¿Y qué tenemos de hasé,

si yegó la cuesta abajo?
Que haya aguardiente siquiera...
¡y a Dió grasias, Petenera!
¡Vaya por cuando tenía
güenas cañas de solera!
¡Tó hay que probarlo en la vía!
(Se sirve otra copa. ANGELES, *envejecida y tan pobremente ataviada como Dolores, sale por la derecha, primer término. Miguel le dice, obsequioso:)*
¿Quieres, mujé?...

ANGELES. ¡Güen provecho!

MIGUEL. Tomando, aquí, er desayuno.

ANGELES. ¡Qué borrachín estás hecho!...

MIGUEL. *(Con melancólica zumba.)*
No me apetese ninguno
de esos jamones der techo,
ni los güevos con tomate,
ni er tasón de chocolate
con picatoste, arfajores,
y tortas, y piñonate
que me iba a serví Dolores...

ANGELES. ¡Aún te dura er güen humó!

MIGUEL. ¡Er casaya es er mejó
armuerso que se ha inventao
cuando se está desganao,
como acá, ostedes, y yo!

ANGELES. *(A Dolores, con sequedad, a la que corresponde la de la Petenera, y que revela que entre ambas mujeres no se extinguió el rencor.)*
Manué, ¡claro!, no ha venío.

DOLORES. No, señora.

ANGELES. ¡Es naturá!
Ahora yegará, rendío;
tú, a darle charla; yo, ar río,
y este pobre
(Por Miguel.)
a trabajá.

DOLORES. *(A Angeles.)*
Ca cual tiene su tarea,
aunque usté no se lo crea.

MIGUEL. ¿Ya empesáis con er baruyo?
¡A cayarse!
(A Dolores.)
Tú, a lo tuyo.

(A Angeles.)
Tú, a lavá... Yo, a la Alamea...
(Coge el sombrero y se dispone a irse.)

ANGELES. Anda con Dió, Miguer Crú...

MIGUEL. Que haya pa y haya salú.

ANGELES. ¿Vendrás a armosá despué?...

MIGUEL. *(Con dolorosa ironía.)*
¡Y me tomaré un vermú
pa hasé ganas de comé!...
(Se marcha Miguel por la izquierda. Se le ve pasar luego por detrás de la ventana, desde la que le despide Dolores, que ha vuelto a acercarse a la reja. Entretanto, Angeles trastea por la habitación, poniendo los muebles en orden... y renegando, de malísimo humor.)

ANGELES. ¡La groma! ¡Viva la groma!...
¡Veremos si, ar fin y ar cabo,
entre gromas nos morimos
y Dió nos yama a su lao,
que, si no nos da la gloria,
nos dará, ar menos, descanso!...
Aunque pué que ni la muerte
acabe de sosegarnos,
porque ebajito é la tierra
y comíos é gusanos,
o aventás nuestras senisas
como simiente en er campo,
quisá nos vaya siguiendo
argún enemigo malo.

DOLORES. *(Molesta por el mosconeo de Angeles, y volviéndose hacia ella.)*
Vamos a cayarse un poco,
que ya está bien platicao.

ANGELES. ¿Cayarme?... ¿Ni tan siquiera
me dejas que eche a lo arto
el amargó de las jieles
que me están envenenando?
¡Pos, hija, di si en la casa
vamos a sé tus esclavos,
y si tengo o no derecho
a da suerta, sin reparo,
al aire de mis suspiros
y ar manantiá de mi yanto!

DOLORES. Yore usté to lo que quiera,
porque hasta en eso le gano;

que no yorarán sus ojos
lo que yo tengo yorao.

ANGELES. ¡Quieres ser hasta en las penas
la que yeves er mandato!

DOLORES. ¿Penas?... ¡Por ese camino
a naide le sedo er paso!

ANGELES. ¿Y a qué penas te refieres,
que eso no lo has puesto en claro?
¿A las que tú arrecogiste
o a las que has dío sembrando?

DOLORES. De toas tengo en mi cosecha,
y toas eyas se ajuntaron
pa abrasarme en este infierno
ar que la suerte me trajo.
¡No me hable usté a mí de penas,
que Petenera me yamo!

ANGELES. ¡Toavía te farta, Dolores,
la que a mí me ha castigao!
Que tú no tuviste un hijo,
ni pasaste, pa criarlo,
las ansias y las faitigas
que toas las mares pasamos;
ni le viste, chiquetiyo,
hecho una rosa de mayo,
con cascabeles de risas
en la boca de geranio,
y lumbres de travesura
en los ojiyos gitanos;
ni pa dormirlo, y quererlo,
y alegrarle, y arruyarlo,
a la oriya de su cuna
noches en vela has estao
pendiente de su vagío
y pidiéndole a lo arto:
«¡Maresita de los sielos,
que no le pase na malo!»;
ni en er corré de los días
viste ir cresiendo ar muchacho
como junco de ribera,
pinturero y espigao;
ni sentiste la alegría
de vé su grasia, y su garbo,
y de sabé que las jembras
se lo andaban disputando;
ni soñaste pa ese hijo
con la mujé de más rango,

que ni una reina en su trono
ni una Vígen en su palio
satisfasen a una mare
pa el hijo que eya ha criao...
Tú no sabes, Petenera,
lo que es er cariño santo
hasia er que en su sangre tiene
la sangre que tú le has dao;
cordero de tus rediles;
clavé de tu propio tayo;
luserito de tus noches
y de tus ojos regalo...
Y por un queré mardito
ves al hijo en malos pasos,
y er castiyo de tus ansias
de un gorpe se viene abajo,
y se güerve calaboso
er trono con que has soñao,
y se hase lobo er cordero...
¡y adió la grasia, y er garbo,
y la risa de su boca
y de sus ojos gitanos!
Que aquer junco de ribera,
pinturero y espigao,
se lo degüerve er presiyo
a su mare hecho un jarapo...
Petenera, no presumas
de duelos ni de quebrantos.
¡Esta pena sí que es pena!
¡La que a mí me ha castigao!

(A Angeles se le quiebra la voz, entre sollozos, y Dolores le dice, muy acongojada:)

DOLORES. ¡Pos como yo se la traje,
también voy sufriendo er daño!

ANGELES. ¿Y a qué gorviste a su vera,
na ma que pa envenenarlo,
y pa gosá con tu triunfo
ar ve que nos humiyamos?

DOLORES. ¿Mi triunfo?... ¿Qué triunfo es ese
que viene usté pregonando?
¿Es viví como una esclava,
tragarme a solas er yanto,
pasá la noche en la reja,
vestí con unos guiñapos,
darle tormento a mi cazne
y yevá los piés escarsos?

Manué salió de su ensierro
sin amigos, sin amparo...
¿Qué sabe usté er sacrifisio
que fué ponerme a su lao,
y cambiá, sin afligirme,
mi sosiego por mi daño?
Er cordero se hiso lobo...
y cuando me vi en sus brasos
y noté que sus carisias
el arma me desgarraron,
ya era tarde, ¡y ya no quise
dir en busca de otro amo!
Y cuando el hambre me muerde,
mordiéndome yo, la carmo;
y cuando la sé me abrasa,
con mis lágrimas la apago;
y er cuerpo que vistió séas
con tristes percales tapo,
y aqueyas coplas que han sío
de mi grandesa reclamo
son suspiros en mi pecho
y soyosos en mis labios.

ANGELES. ¡Así quieres a ese hombre
que está por ti destrosao!

DOLORES. ¡Así quiero ar que me tiene
con la vía hecha peasos!
¡Así quiero ar que me obliga
a está las noches en claro
esperando en la ventana
er rechiná de sus pasos,
pa verle yegá rendío
de la juerga en los cormaos,
con flamencos de su temple
y corraleras de barrio
que no sirven ni pa atarme
la sinta de los sapatos!
(Dolores, llena de brío, se va por la derecha, segundo término. Angeles concluye de ordenar los muebles de la habitación, y dice:)

ANGELES. ¡Ajolá que Dió quisiera
tendernos aquí una mano,
que dende que tú yegaste
nos tiene desamparaos,
y nos sierra toas las puertas,
y nos quita tó er descanso,

pa que se nos venga ensima
la mardisión que te ha echao!

(Por la izquierda llegan SALUÍTA *y* MANUEL. *Se observan en éste las huellas de una noche borrascosa. No viene borracho, pero sí cansado y de mal temple. Viste ropas usadas, que una mano cuidadosa se esfuerza en mantener con buena apariencia. Saluíta es la misma mujer entremetida y escurridiza que conocimos en el segundo acto, y trae también el aire de fatiga que sigue a las turbulencias de lo que llaman «una juerga».)*

MANUEL. *(Al entrar, a Angeles.)*
Hola, mare.

ANGELES. *(Desabrida.)*
¡Güena horita!
¿No tienes otras mejores?

MANUEL. Aguante osté una mijita
tos esos malos humores,
porque traigo una visita.
(A Saluíta, que se ha detenido en la puerta.)
¡Pasa pa acá, Saluíta!
(Presentándosela a Angeles.)
Una amiga de Dolores.

SALUÍTA. *(Avanzando.)*
Tanto gusto...

ANGELES. *(Con sequedad.)*
Er gusto es mío.

MANUEL. *(A Angeles.)*
¿Aonde está la Petenera?

ANGELES. Por ahí dentro se ha metío.

MANUEL. Yámala osté.

ANGELES. ¡Güeno fuera!...
Si yo la pego un chiyío
no deja su madriguera.
¡Juye de estarse a mi vera
como de un rayo ensendío!

MANUEL. *(Llamando desde la derecha, segundo término.)*
¡Ven, Dolores!...
(A Angeles.)
¡Siempre iguá!...

SALUÍTA. *(A Angeles, queriendo congraciarse con ella.)*
Yo comprendo que a esta hora
una viene aquí a estorbá;

pero... ér me trajo, señora.
(A Manuel.)
A lo mejó, aún está
la Petenera acostá.

MANUEL. Eya es mu madrugaora...
y aquí naide estorba na.

SALUÍTA. Vaya, pos má vale así.

ANGELES. *(A Manuel.)*
¿Piensas echarte a dormí?

MANUEL. De aquí a un rato me echaré.

ANGELES. *(Intencionada.)*
No está el armuerso...

MANUEL. Comí
de sobra en Venta Corté.

ANGELES. ¿Tuvísteis anoche ayí
la juerga?...

MANUEL. *(Aspero.)*
¡Cáyase osté!
(Llamando de nuevo a Dolores, desde la puerta.)
¡Dolores!... ¿Vas a vení?

SALUÍTA. *(Aparte.)*
(Mal aire corre en la casa.)

ANGELES. *(Aparte, por Manuel.)*
(Este trae gana é quimera.)

(DOLORES *sale por la derecha, segundo término, y dice a Manuel:)*

DOLORES. ¿Por qué gritas? ¿Qué te pasa?

MANUEL. ¡Vamos, anda y no seas guasa,
que mira la que te espera!

DOLORES. *(Acudiendo, sorprendida, a saludar a Saluíta.)*
¡Saluíta!... ,

SALUÍTA. *(Abrazándola.)*
¡Petenera!

DOLORES. ¿Tú en Seviya?

SALUÍTA. Me di trasa
pa encontrá quien me trajera.

DOLORES. ¡Me alegro! ¿Cuándo has venío?

SALUÍTA. Antiyé...
(Bajando la voz, y en tono confidencial.)
y ér me ha traío.
(Compasiva.)
¡Ay, cómo estás!... ¡Pobresita!...
¡Verte así con lo que has sío!...
(Siguen hablando Dolores y Saluíta.)

ANGELES. *(A Manuel, con quien habla.)*
¿Quién es esta... señorita
que en casa nos has metío?
MANUEL. ¿No lo oyó osté? ¡Saluíta!
ANGELES. ¡Pos sí que me has convensío!
MANUEL. *(A Dolores, por Saluíta.)*
¡Ahí la tienes, afamá
y ganando un dinerá!
¡La hubieras tú visto anoche,
qué manera de gastá!...
¡Vaya un rumbo y un derroche!
¡En fin... me trajo hasta en coche!
¿Pa qué te voy a contá?
DOLORES. ¡Está mu bien!
SALUÍTA. No hagas caso,
Dolores, de este permaso.
MANUEL. ¡La habemos gosao en firme!
¡Yo no pienso divertirme
como anoche!... ¡Qué juergaso!
DOLORES. *(Bajo, a Saluíta.)*
Eso lo dise pa oírme...
SALUÍTA. *(Bajo, a Dolores.)*
Tú verás qué escopetaso.
(Alto, a Manuel.)
Pos ya que hablas tanto, di;
¿por qué no quieres yevá
a la Petenera ayí?
¿Te gusta haserla sufrí,
o la tienes secuestrá?
MANUEL. *(En flamenco.)*
No te vayas a escurrí...
La Petenera está aquí,
que es aonde debe de está,
porque la traje pa mí;
pero no pa los demá.
SALUÍTA. Si crees que es una rasón...
MANUEL. ¡No ha de serlo, Saluíta!...
SALUÍTA. Pos que no haya discusión,
que yo vengo de visita...
y aquí naide nesesita
consejo ni apuntasión
pa hasé lo que le permita
su gusto, o su situasión.
MANUEL. *(A Dolores.)*
Güeno; me quiero acostá.
ANGELES. Y yo me marcho a lavá.

(Entra en la habitación de la derecha, primer término, y vuelve a salir a los pocos momentos con un gran canasto de ropa.)

SALUÍTA. Yo, a mi casita me voy.

DOLORES. *(A Saluíta.)*
Aguarda, que antes de na
me tienes desocupá.

SALUÍTA. ¡Pero, chiquiya, si estoy
lo que se dise tronchá!
¡A vé si duermo yo hoy!...

MANUEL. *(Despidiéndose de Saluíta.)*
Hasta otro rato, mujé.

SALUÍTA. Descansa a gusto, Manué.

MANUEL. Y, si te quieres reí,
vete por Venta Corté,
que ya tú has visto que ayí
se suele uno divertí.

SALUÍTA. No pases pena, que iré.

DOLORES. *(A Saluíta.)*
Ar momento estoy aquí.

(Manuel se va con Dolores por la derecha, segundo término. Angeles se dispone a irse con el canasto de ropa, y dice a Saluíta, con mucha zumba:)

ANGELES. ¿Y qué, doña Saluíta?
¿Vino una temporaíta
pa estarse a gusto en su tierra?...

SALUÍTA. *(Comprendiendo la intención.)*
¡Justo! Vengo aquí... a da guerra...
y a descansá una mijita
de aqueya vía tan perra
que me tiene bardaíta.

ANGELES. Yo me voy pa er lavaero.

SALUÍTA. Por mí, con toa confiansa.
¡Er trabajo es lo primero!

ANGELES. Mientras aquí, er cabayero,
(Indicando el sitio por donde se fué Manuel.)
anda de juerga y de chansa,
hay que buscarse er dinero
pa que ér yene er comedero
y pueda seguí la horgansa.

SALUÍTA. *(Aparte, y dándose cuenta de la indirecta.)*
(¡Moja pan en er puchero,
que habemos echao matansa!...)

ANGELES. *(Yéndose hacia la puerta de la izquierda.)*
¡Ea, con Dió!

SALUÍTA. *(Despidiéndola.)*
Hasta otro día...
y que le cunda er lavao.

ANGELES. Pué sé que a la anochesía
aun no lo tenga acabao.
¡Misté qué suerte la mía!
(Se va por la izquierda. Saluíta, se en escena, comenta las frases de A geles.)

SALUÍTA. ¡Y misté qué desenfao
tiene er demonio é la tía
pa sortarle a una un mandao!

(Por la derecha, segundo término, vuelve salir DOLORES, *que dice a Saluíta:)*

DOLORES. Lo mismo que un tronco
se quedó en er catre.
¡Y así tos los días!...

SALUÍTA. *(Compasiva.)*
¡Bien te equivocaste!

DOLORES. Cuéntame...

SALUÍTA. ¡Chiquiya!...
¿Qué voy a contarte?
Resibí tu carta...

DOLORES. *(Rápida.)*
¡No la vería nadie!

SALUÍTA. Sólo er que querías
tú que se enterase.

DOLORES. *(Protestando.)*
¿Que yo...?

SALUÍTA. ¡Petenera,
sé franca y no andes
con esos tapujos y embustes conmigo,
que vengo a ayuarte!

DOLORES. *(Temerosa.)*
¿Paco?...

SALUÍTA. ¿No te he dicho
que acá me lo traje?

DOLORES. ¿Y pa qué lo hisiste?

SALUÍTA. ¡Qué grasia me hases!...
¡Tu carta era un grito salío del arma!
¡Tu carta iba escrita con gotas de sangre!
No me lo desías;
pero fué bastante
sabé tus angustias

pa dirme a buscarle.
¿Tú no te quejabas?...
¡Había que salvarte!

DOLORES. ¡Porque estaba loca!
¡Porque en un istante
di suerta a mis penas, y ar papé se fueron
pa que en ér volasen!
Sola en esta casa,
sufriendo mis males,
sin que un arma güena me tienda la mano;
¡sin naide en er mundo que venga y me am- [pare!
Manué... ya lo has visto.
¿Qué voy a esplicarte?
Apagá la yama de la calentura
que abrasó su cazne,
busca otras hogueras
aonde achicharrarse.
De Madrí me trajo;
me quitó der cante;
ni ér gana dinero, ni me da lisensia
pa que yo lo gane.
¡Ay, aquer mosito de mis ilusiones!
¡Qué cambio má grande!
¿Fué el amo en presiyo?
¡Lo será en toas partes!
¡Cabito de vara!...
¿Que pasamos hambre?
¡Pos como soy suya y ér manda en mi cuerpo
no hay má que aguantarse!
¿Carisias?... ¡Aqueyas
que no quiere naide!
¿Besos de mi boca?...
¡A jieles le saben!
¿Ropa que ponerme?...
«¡Si tú nunca sales!...»
¿Palabritas durses?... «¡Esas palabritas
son pa los chavales!...»
Y aquí, en este ensierro,
odiá por su mare,
que ar verle perdío me echa a mí la curpa...
y pué que eya tenga rasón, ar remate;
pasando fatigas;
recordando a solas to lo que fuí antes,
¿qué tiene de estraño que yo te escribiese
con gotas de sangre,

y que en sus renglones
la carta yevase
tembló de suspiros, humedá de yanto,
gritos de socorro y ansias de sarvarme?

SALUÍTA. ¿Y qué te hase farta?...
¡Salí de esta cárse!...
¡A eso viene Paco!

DOLORES. *(Revolviéndose.)*
¡Caya! ¡No me hables
porque yo no sargo de mi calaboso!
¡Porque yo prefiero que Manué me mate!
¡Porque yo, ni en sueños,
quiero traisionarle!

SALUÍTA. ¡Déjate de historias! ¿Vas ahora a salirte
con ese avenate?
Paco está en Seviya...

DOLORES. *(Enérgica.)*
¡Dile que se marche!
¡Yo no quiero verle!
¿Tú pa qué le hablaste?

SALUÍTA. Porque aunque ahora pienses
tú misma engañarte,
en aqueya carta que escribió tu mano
sólo se veían ganas de yamarle.

DOLORES. ¡Si no lo nombraba...!

SALUÍTA. ¡Ni farta que hase!
¿No ves que cá letra
yevaba su arcanse?

DOLORES. *(Espantada.)*
¡Vete, Saluíta!

SALUÍTA. ¡No te me acobardes,
que er tiempo es mu largo
y er mundo mu grande,
y toas tus angustias
están pa acabarse.

DOLORES. *(Firmemente.)*
¡Con Manué!

SALUÍTA. ¡Que ér siga
su camino alante!

DOLORES. ¡No, que son mis curpas las que lo perdieron!
¡Caya, Saluíta! ¡No pueo escucharte!

SALUÍTA. ¡Carma, Petenera,
que aunque yo me marche
no conseguiremos
que Paco se aguante!
Ya no es aquer hombre

carmoso de antes,
que iba a su negosio, pasaba de largo
y no se amargaba la vía por naide.
Dejó que una noche
Manué te llevase
porque vió en tus ojos un queré tan firme
pa quien der presiyo yegaba a buscarte,
que ér pensó: «¡Que viva felí Petenera,
aunque a mí de un gorpe las ducas me ma-
[ten!»
¡Cuántas cosas hiso
pa vé de orviarte!...
¡Pero te yevaba
metía en la sangre!
¡Le vieses, Dolores,
cuando fuí a hablarle
de toas las fatigas
que tú me contaste!...

DOLORES. *(Angustiada.)*
¡Caya, Saluíta! ¡Caya, por la güena
memoria é tu mare!

SALUÍTA. «¡A Seviya hoy mismo!
¡Prepara er viaje...
que con los tormentos de la Petenera
me jierve la sangre,
y no habrá flamenco
que tenga coraje
pa impedí que Paco se vaya en su busca
y la de er consuelo que no la da naide!»

DOLORES. *(En un grito de temor.)*
¡Caya, por la Vígen!

SALUÍTA. Viene pa sarvarte.
Ahí, a sinco pasos, en Venta Antequera,
aguarda mi aviso... si no viene antes;
que to lo de anoche,
la juerga, y er gasto, y er vino, y er cante,
na má fué un pretesto
pa que yo en tu casa pudiera colarme.

DOLORES. ¡Vete, Saluíta!

SALUÍTA. ¡Con tar que le aguardes!...

DOLORES. ¡No, que mis caenas
no hay quien las quebrante,
y Paco es tan güeno que no se merese
que mi suerte negra le siga y le arrastre!
¡Por Dió; no lo traigas,
porque va a matarme

la vergüensa misma
que tendré ar mirarle!
¡Dile que se vaya,
que no he de apartarme
jamá de este hombre, pa er que fuí cuchiyo,
veneno en su aliento y brasa en su cazne!
¡Que no tengo fuersas
pa sé tan cobarde!
¡Que ajolá la Vígen,
por la durse Sangre
que, en la Crú clavao, derramó su Hijo,
me matara antes!...

(Dolores habla ya casi a gritos, desesperada y llorosa. Saluíta, alarmada, intenta aplacarla, y va luego, llena de inquietud, desde las puertas de la derecha a la ventana del foro.)

SALUÍTA. ¡Cáyate!

DOLORES. ¡No quiero!

SALUÍTA. *(Señalando a la habitación de Manuel.)*
¡Que va a dispertarse!

DOLORES. ¡Si seré yo misma
quien yegue a yamarle
pa que me defienda!...

SALUÍTA. *(Desde la ventana del foro, en voz baja.)*
¡Cáyate, que ér viene!

(Se ve cruzar a PACO *por el foro, detrás de la ventana, de derecha a izquierda. Saluíta le hace una rápida seña de que entre, y Dolores gime, espantada:)*

DOLORES. ¡No! ¡Que aquí no pase!

SALUÍTA. *(Escurriéndose hacia la puerta de la izquierda.)*
¿Y quién se lo impide?
¡Quisá sea má fási
apagá la lumbre der só con un soplo,
o pará los vientos, o secá los mares!...

(Saluíta hace mutis a toda prisa. Dolores queda en el centro de la escena, abrumada y temblorosa. Por la izquierda entra PACO. *Se detiene en la puerta y, desde allí, habla serena, pero un poco trémulamente, como si quisiera dominar el ímpetu de su corazón al reanudar un diálogo hace tanto tiempo interrumpido.)*

PACO. *(Desde la puerta, y a media voz.)*
Que Dios te guarde, Dolores.

DOLORES. *(Volviéndose, y con un ronco gemido.)*
¡Vete!
(Se contiene, y añade, llena de amargura.)
¿A qué vienes acá?
¿A pregonarme rencores,
o a vengarte, o a gosá
mirando mis sinsabores?

PACO. *(Con triste sonrisa.)*
¿Quién de eso se acuerda ya?

DOLORES. *(Sin poder contener sus lágrimas, en las que hay bochorno y gratitud.)*
¡Véte, Paco!

PACO. *(Avanzando, derrumbado todo su dominio sobre sí al ver llorar a la Petenera, y con reconcentrada pasión, que luego vuelve a ser aparente serenidad.)*
No me llores,
porque el amargo veneno
que fuí guardando hasta hoy
va a removerse, y yo soy,
Dolores, un hombre bueno,
y cuando a las buenas voy
me hace falta estar sereno...
¡como ahora mismo lo estoy!

DOLORES. ¡Márchate!

PACO. Tengo que hablar
antes contigo, mujer.

DOLORES. ¿Qué has hecho?...

PACO. ¿Qué voy a hacer,
si no he podido arrancar
de mi pecho tu querer,
más que venirte a buscar?
¿No calculaste que yo,
al saber cómo sufrías,
iba a dejármelo to
pa traerte las alegrías
que del otro apetecías...
y que el otro no te dió?
¡Pensé que me conocías,
y ahora estoy viendo que no!
¿Qué imaginabas?... Callao,
queriendo verme en el centro
de la tierra sepultao,

y pudriéndome por dentro,
estos meses he pasao.
Pero supe que has llorao,
y aquí te salgo al encuentro
pa que vengas a mi lao.

DOLORES. ¡Estás siego!

PACO. ¡Ya curé,
con mirarte, mi ceguera!

DOLORES. ¡Quien me ha visto y quien me ve!...
¡Mejó que nunca me viera
pa verme de esta manera...
y menos tú!

PACO. ¿Y eso, qué?
Yo sólo decirte sé:
¡Qué guapa estás, Petenera!

(Se acerca a ella y le habla tierna y suavemente, en un murmullo, estrechándole y acariciándole la mano.)

Bajo la luz de ese cielo,
en tu rincón sevillano,
ya se me logró el anhelo
de ver tu cuerpo gitano
y acariciar con mi mano
tu mano de terciopelo.
¡Qué guapa estás, Petenera!
Mirándote pasaría
junto a ti la vida entera,
y siempre igual te dijera:
¡Qué guapa estás, alma mía!
El trabajo abandoné,
y en el juego me envicié,
y pedí al vino frescura
pa curar la calentura
en que ardiendo me quedé...
Y fué en vano mi locura,
que en toas partes encontré
recuerdos de tu hermosura;
de tus andares castizos,
de tus flamencos enojos,
de tus gitanos hechizos,
de tus gallardos arrojos,
de la sombra de tus rizos
y de la luz de tus ojos.
¡Qué tristes, qué aborrecías
me fueron en los colmaos

las juergas de tós los días,
con cien mujeres vendías
y cien amigos pagaos!
¡Con cuanto afán te busqué!
¡A cuántas hembras compré
solo pa que me cantasen
las coplas que te escuché,
y tu voz me recordasen!...
¡Pero nunca lo logré!
Les faltaba tu solera,
y tu estilo, y tu manera;
¡aquel alma tan bravía,
tan marchosa y tan entera
que siempre en tu cante había!
To el mundo me lo decía:
«¡No hay más que una Petenera!»

DOLORES. *(Que ha oído a Paco con mucha emoción.)*
¡Mis coplas ya se apagaron!
¡Mis alegrías murieron
y mis dolores llegaron!...

PACO. ¡Pero mis ansias crecieron,
y sólo pa ti alentaron!

DOLORES. Piensa que te abandoné.
Un güen queré me ofresiste
y yo lo pisoteé...

PACO. *(Con nobleza, pero con un dolor muy hondo.)*
¡Por eso no te busqué!
¡Como al otro preferiste,
tu capricho respeté!
Y porque yo pienso así,
mi corazón retorcí
aquella noche maldita
en que te fuiste de allí.
¡Paco da siempre, no quita!
¿Lo querías?... ¡Pues pa ti!
¡Pero ya no puede ser!
¡To cambió desde la hora
en que me hicieron saber
con qué desconsuelo llora
tu corazón de mujer!
¡Se acabó tu sufrimiento!
Ni bravucón ni violento
quiso Dios que Paco fuera;
pero hoy ya es de otra manera...
¡Hoy sé que te dan tormento!...

(Sentándose en una silla, resuelto a todo.)

¡Vengo por ti, Petenera!
¡Dios me castigue si miento!

DOLORES. Está tan honda mi yaga,
que to es ya tiempo perdío
pa que yo te satisfaga...
¡Soy de ese hombre!

PACO. ¿Esa es la paga
que su trato ha merecío?

DOLORES. ¿Y qué quieres que yo haga?
Er podrá no sé ya mío;
pero se perdió por mí,
y a er tengo de verme atá
aun cuando me haga sufrí...
¡Aunque me quiera matá,
que ajolá que fuera así!

(Suplicante.)

¡Vete, Paco!

PACO. *(Desesperadamente, y exaltándose por momentos hasta llegar, en los últimos versos, a un aire de reto iracundo.)*

¡No; ya es tarde!
¡Ya no le puedo decir
a mi corazón que aguarde,
porque me siento cobarde
cuando te miro sufrir!
¡Porque en tu aliento embebío
mi propio aliento ha quedao!
¡Porque mi carne ha rozao
la tela de tu vestío!
¡Porque tu voz he escuchao,
y en cuanto que la he sentío
la fiebre me ha espoleao
y a todo me ha decidío!

DOLORES. ¡Caya!

PACO. ¡No quiero callar!

DOLORES. ¡Vete!

PACO. ¡No me he de marchar!
¿Te rogué?... ¡Pues ya no ruego!
Si echaste leña a mi fuego,
¿de qué te puedes quejar?
¿Cómo habrá que hablarte a ti
pa poderte convencer?
¿En flamenco?... ¡Hablaré así,

que yo también aprendí
a ser flamenco, mujer,
y a mandar en el lenguaje
que, por lo visto, te gusta!
¡A ver si hay quien no se asusta
de hacer frente a mi coraje,
y ya de una vez ajusta
la cuenta que aquí le traje!
¡Todo es ya palpitación,
locura, rabia, mandato,
violencia y provocación!
¿Hay que cobrar el barato?
¡Pues yo, igual que ruego, mato!
¡Conque venga un corazón
que ponga fin a este trato!

(Ya Paco habla a gritos, exasperado por el amor y los rencores. La Petenera ha querido en vano contenerle. Y, a las voces, MANUEL *aparece por la derecha, segundo término, a tiempo de escuchar las últimas frases de Paco, hacia el que avanza para decirle, con arrogancia de hombre dispuesto a todo:)*

MANUEL. ¿Un corasón?... ¿Hay bastante
con er que tié osté delante?

PACO. *(En un grito de rabia y de odio, y lanzándose hacia Manuel.)*
¡Probándolo se verá!

DOLORES. *(Interponiéndose.)*
¡Paco!... ¡Manué!...

MANUEL. *(Rechazándola con violencia.)*
¡Tú, a cayá,
que en un trato semejante
tengo yo mú mal aguante
pa dejarme avasayá!

(A Paco, con matonería y burla desafiante.)

Digo, si osté no se raja
como entonses se rajó.

PACO. *(Dueño otra vez de sí, y convencido de que se juega la vida.)*
¡Se me figura que no,
porque con calma, en voz baja,
frente a frente y sin ventaja,

como siempre juego yo,
va a hablar por mí esta navaja!

(Saca un arma, y Dolores grita, espantada.)

DOLORES. ¡No, Paco!... ¡Manué, por Dió!...

MANUEL. *(Rechazándola de nuevo y sacando también una navaja.)*

¡Yo defiendo lo que es mío!

PACO. ¿De usté?... ¡Quizá lo haya sío,
pero no lo vuelve a ser!
¡Vengo por esta mujer!
¡No sabe cuánto he sufrío
mientras llevé su querer
entre sombras escondío,
hasta que, al fin, he sentío
que comienza a amanecer!

MANUEL. Y yo le güervo a desí
argo que le dije ya:
que der presiyo salí;
que está mi caena ayí
por si hase farta, guardá...
¡y que er corasón me da
que va a gorverme a serví!

PACO. *(Iracundo.)*

¡Ni un vendaval desatao,
ni un monte que, derrumbao,
me cogiese y me aplastara,
ni un rayo que me cortara
el camino que he tomao;
ni la cárcel, ni la losa,
pueden echarme pa atrás
en mi rabia rencorosa...
¡y usté es un hombre na más!
¡¡Ya ve usté que es poca cosa!!

MANUEL. ¡Afuera estamos mejó!

PACO. ¡Pues vamos adonde sea!

DOLORES. *(Desesperada.)*

¡Paco!... ¡Manué!... ¡Por favó!...

(Corriendo hacia la puerta de la izquierda, y colocándose ante ella para impedir la salida.)

¡Antes siegue yo que vea
tal crimen!

MANUEL. *(Forcejeando para apartarla de la puerta.)*
¡Aparta!

DOLORES. ¡¡No!!...
¡Me hases daño!...

MANUEL. ¡Aparta!...
(La separa, por fin, arrojándola violentamente contra el suelo, y dice, triunfal:)
¡Así!
(A Paco.)
¡Libre la puerta está ya!

PACO. *(Frenético.)*
¡Nosotros, de más aquí!

(Se va Paco por la izquierda, y detrás de él Manuel, que cierra violentamente la puerta desde fuera. Dolores se ha incorporado, y, con un supremo esfuerzo, llega hasta la puerta y la golpea, desesperadamente.)

DOLORES. ¡Tené compasión de mí!...
¡Paco!... ¡Manué!... ¡Enserrá
con mi angustia y mi doló!...
¡Sangre ahí fuera!... ¡En mí, agonía,
y mieo, y frío, y tembló!...
¿Por qué no acabas, Señó,
de arrematarme la vía
que tantos males sembró?...
Yo te la ofresco, gososa
de podértela ofresé.
¡Por tu Pasión dolorosa,
por tu Mare milagrosa,
échame ya de una ve
ar descanso de la fosa!...

(La angustia de Dolores se deshace en sollozos. Detrás de la reja del foro aparece PACO, *descompuesto y bravío.)*

PACO. ¡Ven, Dolores!... ¡Ya eres mía!

DOLORES. *(Con un indefinible grito de espanto.)*
¡¡Tú!!...

PACO. ¡Mi brazo pudo más,
porque la razón tenía,
y libre pa siempre estás
de quien no te merecía!
¡Ven, que mi querer te espera!...

DOLORES. *(En un supersticioso y horrorizado extremecimiento.)*

¿Será que Dió lo ha mandao?...

(Vacila Dolores en acudir al llamamiento de Paco. Y cuando llega hasta la puerta, se abre ésta y entra MANUEL, *herido de muerte. Cae en brazos de Dolores, y exclama:)*

MANUEL. ¡Petenera, me han matao!
¡Mírame morí siquiera!

(Paco, desesperado, huye de la reja, y Dolores grita, en un ronco alarido, sintiendo renacer en sus entrañas el viejo amor hacia Manuel.)

DOLORES. ¡Arma mía!... ¡Gloria mía!
¡Gala de mi corasón,
frescura de mi bebía
y de mis panes sasón!
¡Yo he sío quien a traisión
te fuí quitando la vía!...
¡En la sangre de tu hería
quiero beber tu perdón,
humirde y arrepentía!

MANUEL. *(Desfalleciendo en brazos de Dolores.)*
¡Bendito Dió, que me ha dao
tus brasos pa que muriera!
¡Er sino se ha arrematao!
¡Quien te ha puesto Petenera
er nombre te ha equivocao!

(Manuel cae muerto a tierra. Dolores le contempla con espanto, y grita:)

DOLORES. ¡Muerto!... ¡Otra ve a roá
por aonde quiera er destino
que gobernándome está!...

(Yendo hacia la reja, desde la cual se supone que ve a Paco.)

¡Huye, querer asesino!...
¡Sigue, Paco, tu camino,
porque contigo va ya
er veneno de mi sino!...

(Con fiero y doloroso acento, luego d volver ante el cuerpo de Manuel.)

¡Era mi fário verdá!...
¡Mardita la copla mía!

¡La copla que nunca muere!
¡La que está en mi pecho hundía,
y me sigue por la vía
con er doló que me hiere!...

(Desgarrada por los sollozos.)

¡La copla de su agonía!

(Y, abrazada a Manuel, dice la copla que es todo el drama, eterna en su grandeza popular.)

«Quien me puso Petenera
no supo ponerme nombre...
¡¡que me debió de habé puesto
la perdisión de los hombres!!»

TELÓN



LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

IRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA S. A.—Sección de Publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

MEROS PUBLICADOS

LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
MI MUJER ES UN GRAN HOMBBE, de Berr y Verneuil, traduc-
de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro
a.
. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del maestro Rosillo.
LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín Alva-
Quintero.
. ATOCHA, de Federico Oliver.
. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptación escé-
de una novela de Miguel de la Cuesta.
LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Sevilla y
elmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo y Vert.
). LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
1. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
2. ME CASO MI MADRE O LAS VELEIDADES DE ELENA, de
los Arniches.
3. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Armont y Gerbidón, versión cas-
ana de José Juan Cadenas y Enrique G. Gutiérrez-Roig.
4. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
5. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw, música del
astro Guerrero.
6. EL ANTICUARIO DE ANTON-MARTIN, de Antonio Paso.
7. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
8. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
9. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
0. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
1. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
2. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Emilio Carrère y Francisco
Pacheco, música del maestro Pablo Luna.
3. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina. (Número ho-
naje a María Guerrero.)
4. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
5. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
6. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
7. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.
8. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
9. LA PETENERA, de Francisco Serrano Anguita y Manuel de Góngora.



Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.